

Biografía, hibridez literaria, elitismo social y modernismo en algunas crónicas desconocidas de Manuel Gutiérrez Nájera¹

José María MARTÍNEZ

René IBARRA

Hilda SALAZAR

Luis Eduardo ALMARAZ

The University of Texas-Pan American
Texas-Tech University

RESUMEN

El fondo 'Mapes-Carter' de Texas-Tech University alberga una gran cantidad de material de primer interés acerca del modernista mexicano Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895). Entre ese material se encuentra una serie desconocida de crónicas publicadas por Nájera en *El Cronista de México* a finales de 1880 y que resultan especialmente útiles para iluminar la biografía del autor y otros aspectos como son la condición híbrida de la crónica finisecular, los vínculos del modernismo con las vanguardias y élites sociales del porfiriato y la relevancia del público femenino en todo este contexto.

Palabras clave: Gutiérrez Nájera, crónica, modernismo, porfiriato, lectoras

Biography, Literary Hybridism, Social Elitism and *Modernismo* in some unknown Chronicles by Manuel Gutiérrez Nájera

ABSTRACT

The holdings of the 'Mapes-Carter' collection at Texas-Tech University contain a good amount of interesting material on Mexican *modernista* Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895). This material includes a group of unknown chronicles published by Nájera in *El Cronista de México* during the last months of 1880. Those chronicles are especially useful to illuminate some aspects of Nájera's life as well as some other literary components of *modernismo*, such as the hybrid nature of chronicles, the links between modernismo and the social avant-garde of Porfirio Díaz' regime, and the role of women readers in this context.

Key words: Gutiérrez Nájera, chronicle, modernismo, Porfirio Díaz' regime, women readers

¹ Son varias las personas e instituciones a las que debemos agradecer la realidad de esta publicación. Una beca del Faculty Research Council de la Universidad de Texas-Pan American permitió cubrir todos los gastos de la investigación. El personal del Department of Classical and Modern Languages de Texas Tech University, y en especial mis colegas Jorge Zamora y Alberto Julián Pérez nos facilitaron el acceso a la colección del Instituto de Estudios Hispánicos de dicha universidad, donde se halla el material que aquí vamos a reproducir

Poco a poco, en un proceso meritorio pero demasiado lento, se ha ido dando a conocer el vasto corpus de la prosa periodística de Manuel Gutiérrez Nájera, el famoso ‘Duque Job’ del Modernismo mexicano. La quincena de volúmenes publicada por la UNAM desde 1959 hasta el presente, así como las recopilaciones particulares de, entre otros, Francisco Monterde, Boyd G. Carter, Irma Contreras García o Rafael Pérez Gay, unidas a los estudios expuestos en el congreso de su centenario (Bache 1996), están consiguiendo redondear la imagen del Duque, a menudo reducida a la del cuentista de narraciones tan elegantes como emocionales (Gutiérrez Nájera 1984) y a la del poeta a la vez frívolo y elegíaco que se deduce de sus *Poesías Completas* (Gutiérrez Nájera 1966). En general, estas recopilaciones parten del llamado “catálogo Mapes”, es decir del repertorio de los escritos periodísticos del Duque publicado por Erwin K. Mapes en 1953 y que luego ha ido enriqueciéndose con el descubrimiento de versiones desconocidas de esos textos, o de otros completamente nuevos, como el caso de *Por donde se sube al cielo*, la incompleta novela folletinesca de Nájera. Sin embargo, al examinar el archivo Mapes-Carter² da la impresión de que tal tarea de recuperación dista bastante de estar concluida y parece más bien que es mucho lo que aún queda por sacar a la luz y las precisiones que quedan por hacer, tanto en la recuperación de textos como en la recatalogación de algunos ya publicados.³ Procedentes de ese archivo y en un trabajo reciente (Martínez, en prensa) se ha recuperado una serie de gacetillas teatrales que Gutiérrez Nájera publicó en *El Correo Germánico* entre agosto y octubre de 1876 y que ya dejaban claro el interés y la competencia con que Nájera trataba la vida teatral mexicana y la interacción de ésta con otras manifestaciones de sociabilidad. En esta ocasión damos a conocer una serie de nueve crónicas de una extensión más o menos uniforme y publicadas en *El Cronista de México* durante los meses finales de 1880, cada una de ellas bajo el título general de “Crónica humorística” y el subtítulo de “Memorias de un vago”. Las crónicas publicadas antes del 23 de octubre van firmadas con el seudónimo de “Pomponet” y las posteriores con el de “Mr. Can-Can”. Ninguna de ellas aparece listada en el “catálogo Mapes”, ni recogida tampoco en la selección que Alfonso Rangel preparó de las crónicas teatrales publicadas por Nájera

² Denominamos así al fondo najeriano compuesto por el conjunto de los documentos y publicaciones procedentes de las bibliotecas particulares de Mapes y Boyd G. Carter y que éstos directa o indirectamente donaron al Instituto de Estudios Hispánicos de Texas-Tech University. Acerca de la historia, el contenido y los materiales de dicho archivo véase Martínez, en prensa.

³ Puede recordarse que aunque los volúmenes de la UNAM han cubierto un amplio elenco de textos najerianos (crítica literaria, crónicas teatrales y de espectáculos, relatos y escritos políticos) pero por ahora no han dado a la luz volumen alguno dedicado exclusivamente a las crónicas de sociedad, que el propio “catálogo Mapes” y antologías como la de Pérez Gay, Monterde, o las prologadas por Luis G. Urbina o Amado Nervo hacen suponer también muy numerosas. Según nuestros datos, el equipo de la UNAM está preparando un volumen titulado *Obras XVII. La vida en México (1879-1894)*, que parece estar dedicado a ese grupo de crónicas. No tenemos noticias, sin embargo de que vayan a incluirse las crónicas reproducidas aquí. A su vez, las revisiones autógrafas que seguramente Mapes o Carter hicieron del catálogo (ver Martínez, en prensa, nota 6) sugieren la readscripción genérica de varias crónicas, que ahora se convertirían en ‘cuentos’, y también la posibilidad de que todavía existan en la prensa mexicana y en el mismo archivo relatos cortos a la espera de ser descubiertos y publicados. Véase también Contreras 1998, pp.149 y ss.

de 1876 a 1880 (Gutiérrez Nájera 1974).⁴ Como confirmación de esa necesidad de redondear la imagen de Nájera mediante la lectura de sus crónicas de sociedad, cabe mencionar que junto a esas nueve crónicas desconocidas existe en el archivo otra serie de cuatro crónicas más también aparecidas en *El Cronista* durante las mismas fechas que las anteriores y que sí han sido publicadas ya por tratarse precisamente de reseñas de diversas piezas y espectáculos dramáticos.⁵

Como punto de partida quizá la más interesante sea la crónica del 30 de octubre, un interesante texto biográfico que raramente ha sido recurrido por la crítica najeriana.⁶ En ella el Duque evoca algunos recuerdos de su infancia y comenta su ubicación social presente de una forma muy explícita. Esos recuerdos confirman por ejemplo la intensidad de sus lazos familiares, su educación aislada y su carácter infantil un poco reservado debido, quizá, a las consecuencias de su hemofilia (Ray-Barreau, 85-141), que también le habría hecho especialmente sensible a la realidad de la muerte. Quedan claros también su temperamento soñador e imaginativo, su incansable afición a la lectura y a los géneros legendarios y el rol de su padre como mentor en sus incursiones literarias y luego políticas y que en esos años identificaba con manifestaciones de gloria. El panorama que dibuja de lo que él considera su temprana madurez (escribe esa crónica a los 21 años) está visto más bien desde la

⁴ Dichas crónicas se encuentran en el archivo Mapes-Carter en forma de fotocopias y separadas del resto de los microfilmes y fichas. Dan la impresión de haber sido descubiertas y reproducidas por uno de los dos investigadores en fechas posteriores a 1953, año de la publicación del “catálogo”. Para el año de 1880 el listado de Mapes incluía sólo cuatro crónicas firmadas por Pomponet en el mes de agosto (Mapes 1953: 161). El siguiente grupo de crónicas najerianas en *El Cronista* aparece a partir de octubre de 1881, ya firmadas por M. Can-Can. Las crónicas fotocopiadas muestran que Nájera operó el cambio de seudónimo en la crónica del 23 de octubre de 1880, que en la recopilación de Rangel (Gutiérrez Nájera 1974) se tituló “Muerte de Offenbach”. Por su lado “Mr. Can-Can” era un seudónimo que Nájera llevaba utilizando al menos desde 1879, en las páginas de *El Republicano* (Mapes 192). *El Cronista de México* era un periódico de carácter principalmente literario, fundado por José Sebastián Segura y publicado desde 1879 hasta 1885. Nájera habría colaborado en él desde 1880 hasta 1882 (Contreras 1957: 28).

⁵ Es el caso de las que se reproducen en la selección de Rangel (Gutiérrez Nájera 1974) con los títulos de “Teatro de títeres” (4 de diciembre), “El can-can y la jota” (18 de septiembre), “Muerte de Offenbach” (23 de octubre), “El empresario Navarrete y las tandas” (20 de noviembre). De todas formas, en el caso de Nájera no está de menos curarse en salud, y afirmar que cabe la posibilidad de que alguna sección de las crónicas desconocidas presentadas aquí haya visto la luz en otras recopilaciones, pues, como se sabe, el Duque acostumbraba a usar varias veces un mismo texto –en todo o en parte– para poder cumplir sus compromisos diarios con la prensa. Hasta donde llegan nuestros datos sólo Irma Contreras (1998: 27-28, 78) reproduce parcialmente parte de la crónica del 30 de octubre, que habría aparecido firmada por “M. Gutiérrez Nájera” y con el título de “Ecos de Salón. Cosas del Mundo. Los que van y los que vienen” en *El Nacional*, el 15 de septiembre de 1880. Al mismo tiempo no hay noticias de que esa misma crónica de *El Nacional* se haya publicado en su integridad o en la versión de *El Cronista de México*. Además el párrafo introductorio de la de *El Cronista* la ubica precisamente en fechas previas al día de difuntos (2 de noviembre) haciendo más difícil su identificación completa con la de *El Nacional*; igualmente el capitulillo final anuncia una específica noticia teatral como algo inminente, que difícilmente encajaría un mes antes.

⁶ Como los títulos de las crónicas aquí reproducidas son idénticos, se identifica cada una de ellas por la fecha de su publicación, ya que la de redacción, que a veces sirve también de encabezamiento de la crónica, tampoco aparece en todos los casos. En cuanto a la suerte editorial de la crónica del 30 de octubre veáse nota anterior. Y en cuanto a la carga autobiográfica de esta crónica, creemos que aparte de algunos poemas, sólo el cuento “Carta de un suicida” –si es realmente biográfico– contendría unos datos tan interesantes como esta crónica.

óptica del desengaño de la *res publica y literaria*, encadenado al periodismo, y con la mayor parte de sus aspiraciones cumplidas. Quizá lo que más llame la atención en este segundo momento sea su autorrepresentación como una figura relativamente central de la vida social capitalina, conocedora “de todo el mundo”, “de la vida y milagros de todo hijo de vecino”, de “todos los escritores y artistas” y del “secreto de muchas reputaciones”, “los misterios de los bastidores” y la “urdimbre de las Cámaras”. “Escribo –continúa– en los periódicos, disputo en los corrillos, diserto en el Liceo, suelo almorzar con aquellos hombres que antes me parecían casi divinos”. Una autofiguración que obviamente lo presenta alejado o a medio camino o diferente del (también reductor) turriemburnismo con que se ha querido etiquetar a todos los modernistas. En este sentido Nájera es sobre todo, y especialmente en su periodismo, un escritor social y urbano, en cuanto que sus textos se refieren y entienden mejor en ese contexto inmediato de sus relaciones personales con quienes luego van a ser los lectores de sus crónicas.

Entre las varias notas acerca del género de la crónica modernista recordadas por la bibliografía al respecto,⁷ en este grupo serían especialmente evidentes la temática fragmentaria o heterogénea de las mismas, su dependencia periodística de la actualidad y, unido a lo primero, la maleabilidad o flexibilidad del género.

En cuanto a la fragmentación de sus contenidos, todas ellas salvo la del 9 de noviembre y la del 10 de diciembre se refieren a varios temas más o menos inconexos entre sí y cuya separación en el texto va marcada gráficamente por unos signos interliminares. Este carácter fragmentario corresponde por un lado a la propia esencia del periodismo, que recoge lo actual en su dimensión casi siempre aislada y efímera, no teleológica u orgánica, pues esta visión supone una reelaboración y reflexión más propia del ensayo o el tratado filosófico. Por decirlo así, ese carácter misceláneo de la crónica es una síntesis de la variedad de contenidos del propio periódico. Por otro lado tendríamos el ritmo propio de la vida urbana y moderna, caracterizada por la intensificación de la vida de los nervios (Simmel 48) e igualmente propensa a reconstruir la realidad a partir de impresiones primeras y aisladas más que conjuntadas. Tanto por su origen periodístico como por razones que podemos llamar antropológicas, el fragmentarismo es, pues, algo inevitable en las crónicas. Entre estas crónicas de Nájera, como ejemplos casi paradigmáticos de esa fragmentabilidad, tendríamos la del 4 de septiembre, que contiene primero unas opiniones sobre un espectáculo de prestidigitación, luego, separado gráficamente, un comentario sobre los bailes de sociedad, en tercer lugar un comentario acerca de la marcha de las obras del ferrocarril y un cuarto y último sobre el viaje del cronista en tren. La misma distribución en cuatro apartados ofrecen por ejemplo las crónicas del 11 de septiembre, el 30 de octubre o del 6 de noviembre. La impresión final después de leer cada crónica en su totalidad es la de una visión caleidoscópica de la actualidad mexicana, donde los fragmentos o secciones deben recomponerse o se recomponen inconscientemente en la mente del lector. No creo que sea casual su analogía con las

⁷ Nos referimos tanto a algunos de los estudios clásicos sobre la crónica modernista (Rotker, González), como a los concentrados en las peculiaridades de las crónicas najerianas (Gutiérrez, Clark, Peña).

pinturas impresionistas, para las que una mirada cercana no puede descubrir más que manchas de color y sólo una perspectiva distante puede recomponer el total del cuadro. Esta fragmentación es a la vez uno de los factores que genera o explica la intensa carga autorial de estos textos, pues al liberar al autor de sus sujeciones a la organicidad propia de la narrativa e incluso del poema, donde el autor debe “obedecer” a la diégesis y “contar la anécdota” y queda por tanto sujeto a la obligación de la una referencialidad unificada, aunque ésta sea ficcional. En la crónica, en cambio, el autor puede seleccionar y acomodar los comentarios sin más restricciones temáticas o estructurales que la naturaleza representacional del lenguaje y la conexión con el presente histórico –periodístico– compartido por el autor y sus lectores. Esa independencia le permite también abrir diálogos e interpelaciones continuas con sus lectores y construir el espacio textual de la crónica a base de reflexiones personales emotivas e impresionistas, materializándose así la esencial subjetividad del género.

La segunda nota sería entonces su simultaneidad con los eventos o hechos descritos o evocados, su lógica actualidad. En concreto, varias de estas crónicas nacen precisamente en función del calendario civil o religioso mexicano, como pueden ser las fiestas nacionales (crónica del 25 de septiembre) o las fiestas de Navidad (crónica del 25 de diciembre). Ese sentido de actualidad se suele textualizar al comienzo de cada crónica con el empleo repetido de formas verbales en presente actual, presente perfecto, futuro próximo, o mediante otro tipo de expresiones análogas (“Las esquinas se han vestido”, “Los bailadores preparan ya”, “El éxito de la *Venus Negra* ha sido...”, “Ayer lo he leído”, “La proximidad del día de los difuntos...”). En cierta forma, este anclaje histórico de la crónica es lo que la retiene en su condición periodística y contrarresta la cargada subjetividad y lirismo del resto del texto y permite al cronista regresar al punto de partida y al presente histórico tantas veces le haga falta en cada una de las secciones de la crónica. De modo paralelo a otros textos periodísticos, como la noticia o el comentario de opinión, este anclaje factual es el punto de partida para desplegar luego las estrategias retóricas e ideológicas mediante las cuales el autor crea su propio espacio social entre o a través de los lectores e interviene también en competencia con otros cronistas, otros periódicos y otros sistemas de pensamiento. Al respecto hay que notar que estas crónicas aparecen en el periódico con el apellido de “humorísticas” y al lado de otras denominadas “comerciales”, es decir como pertenecientes a un mismo género cuya vaguedad necesita esas especificaciones que guíen (y seleccionen) al lector potencial. El cronista, pues, se mueve en un campo en el que debe saber singularizarse y causar la sensación de cercanía en sus lectores diarios, pues estos son su caja de resonancia inmediata y a quienes debe la vitalidad y pervivencia de sus textos. Por ello abundan en las crónicas también el cortejo al público, mediante interpelaciones frecuentes al lector efectivo del texto –en especial de la lectora (9 de octubre)–, promesas y anuncios de los asuntos a tratar en próximas crónicas, al modo de los anuncios de las novelas de folletín (2 de octubre) o el listado de personas presentes en las reuniones sociales, que de esta manera confirman la efectividad de su rol o presencia, identidad social (6 de noviembre).

Finalmente cabe hablar de la maleabilidad o flexibilidad del género, unida evidentemente a su fragmentarismo, y que puede entenderse de nuevo a partir de su ori-

gen periodístico, pues el hecho de tratarse de una sección del diario la convierte en este sentido en algo independiente del autor del texto y por tanto abierta a una especie de autoría múltiple. La flexibilidad le nace también de sus vínculos con el ritmo de la vida social, relativamente heterogénea en variaciones como aniversarios, acontecimientos cívicos, cambios estacionales, y facilita por ello la imprevisión del tema seleccionado así como un tono que es normalmente festivo pero que siempre queda abierto a otras posibilidades. En parte, esta flexibilidad explica el cambio de seudónimo efectuado por Nájera, de “Pomponnet” a “Mr. Can-Can” en unas crónicas que mantienen el mismo título a lo largo de toda la serie. Hay que notar al respecto que el cambio de seudónimo no conlleva ninguna diferencia notable en la perspectiva o estilo o contenidos de las crónicas y parece más bien justificarse a través de la condición performativa del escritor, especialmente notoria en Nájera que, como ejemplo, en la crónica del 9 de octubre se ve obligado a un continuo diálogo e interacción con sus lectores, en cierta manera al modo de un actor frente a sus espectadores (cfr. Gutiérrez Nájera 2006: 56-59). Por su lado, un buen ejemplo de variación tonal se recoge en la introducción metaliteraria de la crónica del 30 de octubre, cuando Mr. Can-Can afirma que va a cambiar el tono alegre de sus crónicas anteriores por uno acorde a las celebraciones de esos días, despojándose del “traje arlequinesco del cronista, hecho de abigarradas telas, crudamente coloridas”. Puede decirse entonces que la actualidad y dinámica propia de la sociedad civil explica la natural maleabilidad tonal y temática de la crónica, y hace del cronista un ser poliédrico e igualmente caleidoscópico.⁸

Cuantitativamente hablando lo más abundante en este grupo de crónicas es el espacio dedicado a reseñar los bailes y las reuniones sociales de las clases altas, como ocurre en los comentarios del 4 y 11 de septiembre, en la crónica del 9 de octubre, etc. Tal atención se explica por un lado por la innata tendencia del Duque a la elegancia y sus reparos hacia lo populista y vulgarizante (“el odio ciego que profeso a todas las fiestas en que interviene el pueblo”, 25 de septiembre) y por otro, por esos anhelos de ubicación o identidad social apuntados en su crónica autobiográfica y que también se van a concretar en un declarado porfirismo político. Todo ello le lleva a proponer esos ámbitos y ambientes como mundos ideales y concreciones de la utopía porfiriana. En la otra cara de la moneda hay que recordar que el éxito de un cronista se debe a su habilidad para vincular a su público diario e inmediato con el texto. Por ello hemos de suponer que la alta tasa de analfabetismo del México de entonces⁹ así como el poder adquisitivo de los diferentes grupos sociales reducirían la audiencia general de Nájera a las minorías acomodadas del país, y por ello es lógi-

⁸ Contra esta extremada e impuesta maleabilidad del género, protestaría Nájera en uno de sus párrafos más célebres al respecto: “AY es preciso que todas las mañanas, como todas las noches el actor entretenga al público, le haga reír o llorar, según pida la situación [...] Es preciso que, consecuente con su papel, dogmatice en el gran editorial o culebree en la traviesa gacetilla [...] el periodista tiene que ser [...] el hombre que [...] puede partirse en mil pedazos y quedar entero. Ayer fue economista, hoy es teólogo, mañana será hebraizante o tahonero [...] no hay ciencia que no esté obligado a conocer, ni arte cuyos secretos deban ser ignorados por su entendimiento. La misma pluma con que anoche dibujó la crónica de baile o del teatro, le servirá para trazar ahora un artículo sobre ferrocarriles o bancos” (Gutiérrez Nájera 1996: 92-93).

co que éstas sean las retratadas en esas crónicas a menudo por medio de enumeraciones que parecen más bien listados o catálogos con visos de ser comprensivos, es decir, de definir o limitar a los pertenecientes a esos grupos sociales. Poco a poco se ha ido también corrigiendo la imagen de un Nájera apolítico, y parece evidente que el elitismo social idealizado y desproblematizado en esas crónicas se puede explicar por su deseo de testimoniar la posibilidad real de la modernización e internacionalización de México, que la política de Porfirio Díaz y el general González tenían como objetivos prioritarios. La existencia de esos mundos sociales ideales y desproblematizados serían la demostración de esa posibilidad, y funcionaría al mismo tiempo como la versión najeriana del mundo ideal que otros modernistas buscaban en los exotismos espaciales o cronológicos¹⁰.

En este mundo social, la mujer aparece como figura central, como puede verse en las crónicas del 24 y 30 de septiembre o en la del 2 de noviembre. Por un lado se corresponde con el hecho de tratarse de unos ámbitos separados de la actividad política o económica diaria, es decir, ajenos a la presencia de la mujer que por ello ahora pasa a ocupar una especie de protagonismo compensatorio. El listado de asistentes a los bailes y reuniones sociales es siempre en la práctica un listado femenino y dado el carácter social y especular de la crónica, no puede sino pensarse que se trata de un mecanismo de “autoalimentación”, de generación de clientela, de referencia a los mismos lectores (lectoras) que a la vez son protagonistas y audiencia. Dado que esa presencia femenina se da no sólo en salones y ocasiones lúdicas sino también en eventos más directamente ligados a la historia nacional, como es el caso de las celebraciones de las fiestas patrias, estos textos pueden entenderse también como la forma najeriana de incorporar la mujer a la identidad nacional. Igualmente, lo seleccionado por Nájera para textualizar ese mundo son las isotopías del lujo y belleza de acuerdo a los esquemas de la plutocracia, los de la estética clásica pero también los propiamente étnocéntricos, con una insistencia en la blancura europea de las mujeres asistentes a esos eventos que no se detiene ni ante los oxímoros más curiosos: (“La Srita. Josefina Esperon [...] tiene esa blancura dorada de las orientales [...]”; 9 de octubre). Listados como éstos (otro ejemplo más conocido sería el de su relato “El desertor del cementerio”) son un ejercicio lingüístico de elogios, frivolidades, y de referencias preciosistas o culturales. Pero por ello mismo es una de los momentos donde es más perceptible la presencia del modernismo estilístico más estereotípico, al modo de los versallismos rubendarianos.

Una mención aparte merecería la presencia explícita de la mujer lectora en estas crónicas, algo sobre lo que ya se han ocupado otros trabajos (Martínez 2001, 2005). En concreto hay que destacar en estas crónicas los apelativos e interpelaciones del cronista a lectoras específicas, los diálogos establecidos con algunas de ellas y la incorporación virtual o textual de las mismas al acontecimiento expuesto en la cró-

⁹ Esta tasa era, aproximadamente, de un 85% (Cosío, 530-31).

¹⁰ “En el corredor hay una doble hilera de sillas austriacas. Allí descansan los hombres de la política y de la banca. ¡Vade retro! [...] No quiero hablar de periódicos subvencionados, de combinaciones ministeriales, ni de leyes” (9 de octubre).

nica, como ocurre en la del 30 de septiembre. Así, en las del 2 y el 9 de octubre se encuentra una interesante diversificación de ese público femenino inmediato, y que no puede sino corresponderse con la popularidad o prioridad femenina del género cronístico y de nuevo al impulso abarcante y expansivo que hacia sus lectores potenciales posee la crónica; la lectora de la crónica puede ser la “lectora de ojos negros o azules”, “ud. Señora”, “ud. Señorita” o también “ud. provinciana, bella o fea, de ojos azules o negros”

Finalmente cabe aludir a otras notas técnicas o referenciales que ayudan a insertar estos textos en la dinámica y mundo propios del Modernismo. Entre ellas estaría por ejemplo ese mundo de objetos convertidos en entes casi autónomos a través sobre todo del lirismo y que no es difícil contextualizar en la invasión de *bibelots* y mercancías que propició la expansión del mercantilismo capitalista. Ese objetualismo lírico que Nájera utiliza alguno de sus relatos más conocidos (“Historia de un peso falso”, “Memorias de un paraguas”, “La moneda de níquel”) encuentra un paralelo claro en estas crónicas en el caso del frac (10 de septiembre), el billete de lotería (24 de septiembre) o los contenidos del cofre de la abuela (30 de septiembre), de la misma forma que la crónica “gastronómica” del 25 de diciembre recuerda inevitablemente al cuento “Las tres misas de Navidad”. Por último, puede aludirse a su crónica del 10 de diciembre acerca de la vida literaria en México, donde se comenta la inflación cultural y escritural propia de la ciudad letrada moderna (Rama) que obliga al escritor a reajustar su ubicación social en una especie de competición con el resto de las que podrían llamarse profesiones intelectuales.

BIBLIOGRAFÍA

BACHE CORTÉS, Yolanda (ed.):

1996 Memoria Coloquio Internacional ‘Manuel Gutiérrez Nájera y la Cultura de su tiempo’, México, UNAM.

CLARK DE LARA, Belem:

1998 *Tradición y modernidad en Manuel Gutiérrez Nájera*. México, UNAM.

CONTRERAS GARCÍA, Irma:

1957 *Indagaciones sobre Gutiérrez Nájera*. México, Metáfora.

1998 *La prosa de Gutiérrez Nájera en la prensa nacional*. México, UNAM.

COSÍO VILLEGAS, Daniel:

1973 *Historia Moderna de México. El Porfiriato, vida social*. México, Ed. Hermes.

GONZÁLEZ, Aníbal:

1983 *La crónica modernista hispanoamericana*. Madrid, Porrúa.

GUTIÉRREZ, José Ismael:

1999 *Manuel Gutiérrez Nájera y sus cuentos. De la crónica periodística al relato de ficción*. Nueva York, Peter Lang.

GUTIÉRREZ NÁJERA, Manuel:

- 1898 *Obras. Prosa I*, pról. Luis G. Urbina. México, Oficina Impresora del Timbre.
- 1903 *Obras. Prosa II*, pról. Amado Nervo. México, Oficina Impresora del Timbre.
- 1959 *Obras I. Crítica Literaria*, ed. Ernesto Mejía Sánchez. México, UNAM, 1959 (2ª ed. 1995).
- 1966 *Poesías Completas*, ed. Francisco González Guerrero. México, Porrúa.
- 1974 *Obras III. Crónicas y artículos sobre teatro I (1876-1880)*, ed. Alfonso Rangel Guerra. México, UNAM, 1974.
- 1984 *Cuentos completos y otras narraciones*, ed. Erwin K. Mapes. México, F.C.E.
- 1991 *Cuentos y cuaresmas del duque Job*, ed. Francisco Monterde. México, Porrúa.
- 1994 *Obras XI. Narrativa I. Por donde se sube al cielo*, ed. Belem Clark de Lara. México, UNAM.
- 1996 *Los imprescindibles*, ed. Rafael Pérez Gay. México, Cal y Arena.

MAPES, Erwin K.:

- 1953 "Manuel Gutiérrez Nájera: seudónimos y bibliografía periodística", *Revista Hispánica Moderna*, núm. 19, pp. 132-204.

MARTÍNEZ, José María:

- 2001 "El público femenino del Modernismo: de la lectora figurada a la lectora histórica en la prosa de Manuel Gutiérrez Nájera", *Revista Iberoamericana*, núms. 194-95, pp. 15-29.
- 2005 "El público femenino del Modernismo: Darío, el primer prólogo de *Azul...* y la poesía de álbumes", *Crítica Hispánica*, núm. 27:2, pp. 231-48.
- En prensa "Manuel Gutiérrez Nájera y Boyd G. Carter: textos desconocidos e inéditos", *Hipertexto* 6 (2007)

PEÑA, Luis H.:

- 1996 "La crónica de Manuel Gutiérrez Nájera: escritura de guiño y gestos", en Bache, pp. 391-396.

RAMA, Ángel:

- 1984 *La ciudad letrada*. Hanover, Ediciones del Norte.

ROTKER, Susana:

- 2005 *La invención de la crónica*. México, F.C.E.

SIMMEL, George:

- 1969 "The Metropolis and the Mental Life", ed. Richard Sennett, *Classic Essays on the Culture of Cities*, New Jersey, Prentice Hall, pp. 47-60

Crónica Humorística

Memorias de un vago¹¹

Setiembre 3 de 1880

Las esquinas se han vestido de Arlequín, y con letras de siete leguas, como las botas de Pulgarcillo, anuncian *Urbi et orbi*, la llegada de una gran prestidigitadora. Victoria Berland –así se llama– se titula la emperatriz de las prestidigitadoras. ¡A lo que llegan los imperios! Conforme han ido pereciendo dinastías cuyo origen se remontaba a Hugo Capeto a otro antiquísimo monarca, se han alzado mil otras razas reales de juglares y escamoteadores. Es el tercer estado que hace su ascensión a la cumbre del poder. Herman es más que un hombre: un símbolo. ¡Salve a su majestad el rey Juglar II!

Yo siempre he creído que la prestidigitación era algo más que un juego o un embuste. Es una ciencia completa, completísima, con sus axiomas y sus apotegmas, sus reglas y sus excepciones, la verdadera ciencia de la vida. El escamoteo es una gran cosa, *es l'art de savoir*, “vivre” como diría el barón Gostkowski. Hacerse rico no es otra cosa que escamotear el dinero de los demás, honesta o deshonestamente. El sufragio libre, en todas partes, es un escamoteo de votos. El amor es un escamoteo de corazones. Quien tiene más destreza en las manos hace más dinero. Esto es probado. ¿Cómo? Debe ser de una manera sucia; la prueba es, que cuando se cuenta plata ú oro es necesario lavarse las manos. Eso hacía Pilatos.

La ciencia de los prestidigitadores es envidiable ciertamente. Tienen el privilegio de hacer que se vea blanco lo que es negro, cosa de inestimable precio para el comerciante que está en vísperas de anunciar su bancarrota, y para los redactores de todos los diarios oficiales conocidos. Yo no querría otra riqueza. Figuraos lo que puede hacer un hombre que tiene a su disposición la ciencia del engaño. Un prestidigitador es el ideal de la diplomacia inglesa. Con media docena de escamoteadores, Napoleón tercero no habría caído de su trono.

En la política, no conozco más hábiles suertistas que Bismark y Lord Beaconsfield. El escamoteo de Alsacia es una obra maestra que será siempre aplaudida en cualquier teatro. La adquisición de la Isla de Chipre, sin necesidad de que se quemase un solo cartucho ni de que corriera media onza de sangre, vale más que todos los prodigios dictológicos de la Sra. Horland, emperatriz del arte.

¡El arte! ¡Pobre viejo! Le hemos vestido un traje arlequinesco y héle ahí que baila un cancan maravilloso en las avenidas macadamizadas de Mabile.

¹¹ Nuestra versión de las crónicas de Nájera contiene mínimos cambios con respecto a los originales. Sólo se han modernizado la ortografía de algunas palabras que no consideramos relevante para su estudio filológico y algunos errores tipográficos que nos han parecido obvios. Hemos conservado también el frecuente laísmo del Duque y, en general, su disposición de los signos de interrogación y admiración. Hemos conservado también la fecha que aparece en el encabezamiento de varias crónicas -no de todas- y que debe de corresponder obviamente a la de su fecha de redacción.

*
* *

Los bailes, como los prestidigitadores, están a la orden del día. Mucho temo que el tren expreso de la humanidad esté ahora en la última estación, a doce kilómetros del día del juicio. Después del baile de las Sritas. García Teruel, hemos tenido el baile de la Srita. Campero; después del baile de la Srita. Campero el baile de las Sritas. Prida. El baile de la Srita. Campero fue una segunda edición, en forma más pequeña, del famoso baile de fantasía que dio la familia de García Teruel. Eran los mismos trajes, con menos el encanto de lo inesperado [sic]. Las Sritas. de García Teruel iban en traje de *soiré*. El frac abundaba más.

El baile de las Sritas. Prida estuvo verdaderamente delicioso. ¡Lástima que en mi crónica anterior despilfarrara a manos llenas el caudal de galanterías que había reunido y que hoy me vea obligado a pedir flores a préstamo, con el modesto interés de un treinta y dos por ciento! El señor y la señora de Prida hicieron perfectamente los honores de la casa. La tertulia comenzó por la representación de dos comedias, que fueron interpretadas a pedir de boca, y a las once de la noche empezó el baile. Allí estuvieron las Sritas. Jens, Esperon, Juárez, Santacilia, Dublan, Carvajal, Ortega y Reyes, Azpe, y muchas otras cuyos nombres no recordamos en estos momentos.

El sol disipa la nocturna sombra,
Están las salas tristes y desiertas,
Sólo duermen en bóveda y alfombra
Las notas mudas y las flores muertas!

*
* *

Sic transit gloria mundi ...! Cada baile que pasa, con su alegre cortejo de notas y de flores, me deja una impresión triste, tristísima, muy semejante a la que se experimenta cuando acompañamos hasta el paradero a un buen amigo, próximo a partir a Europa, y a quien acaso no esperamos volver a saludar. Este intermedio de bailes que hemos tenido, más alegre que el *Intermezzo* de Henri Heine, es un paréntesis abierto en el párrafo interminable de nuestro aburrimiento, y que, como los cohetes de luz, solo nos servirá cuando concluya para hacer más tristes y más negras nuestras noches. El bostezo es en México una epidemia aterradora. Todos sabemos cuándo comenzamos a bostezar; nadie conoce cuándo acabará el bostezo. Aquí las noches, como las de la región polar en el invierno, duran muchos meses. Si Nordenskiöld viviera en México, creería que continuaba habitando entre los esquimales.

Es preciso que vayamos abriendo nuevos campos a nuestra ociosa actividad. Los viajes, que son un gran narcótico para las penas, deben venir en nuestra ayuda. Prefiero pasar la noche dormitando en un *sleeping car* del ferrocarril de Veracruz, a hacer los prodigios de los mil y un bostezos en el billar de Recamier. Afortunadamente, los ferrocarriles van a paso de carga. El sábado he visitado los trabajos del ferrocarril de Morelos, y estoy complacidísimo. A la salida de Ozumba se

está construyendo ahora un puente enorme, que será, sin disputa, todo lo que se llama una obra maestra. Tiene 15 metros de altura por 130 de longitud. Abajo se descubre una barranca pintoresca, digna de ser pasada al lienzo. Las pilastras que sostienen el puente son de hierro. Saliendo de aquel punto, el viajero camina de sorpresa en sorpresa, como en un drama de Bouchardy. Aquél es el pueblecillo de Chimal, con las ruinas históricas del Hospital de Sangre, fundado por Hernán Cortés. Se entra a un tajo hecho hábilmente en la montaña, y al salir encuentra la mirada una barranca que, a ser la muerte un país menos desconocido, daría tentaciones de imitar a Saffo [sic]. En lontananza, el horizonte se aclara como iluminado por una luz recóndita. Ya es el horizonte de la tierra caliente. Esa faja luminosa, de azul pálido, señala el comienzo de una vegetación exuberante y lujuriosa. Un paso más, costee-se el cerro de la Herradura, y ya podremos distinguir más claramente la tierra amada por el sol.

La rápida locomotora salvará dentro de poco esas distancias. Una duda me asalta: ¿qué mueve la locomotora? ¿el vapor, o la prodigiosa actividad de Delfín Sánchez!

*
* *

Este camino al través de las comarcas más feraces del país, va a ser, incuestionablemente, el más pintoresco y agradable de la República. Iremos a invernear [sic] en Cuautla, como en Europa va a veranearse en los sitios destinados a los baños. Ninguna línea férrea, ni la de Veracruz, ofrecen golpes de vista más inesperados y paisajes más románticos.

El camino está perfectamente construido. La rapidez de comunicación aumentará, en cuanto la empresa tenga en México las poderosas locomotivas que ya pidió a los Estados-Unidos [sic]. El movimiento es casi imperceptible. Puede leerse y aun escribirse en el wagon [sic], sin que las letras del impreso bailen ante nuestros ojos una danza macabra caprichosa, y sin que el pulso tiemble al esgrimir la pluma haciéndola que trace un arabesco de la Alhambra, en vez de una palabra. Se camina cómodamente, muy cómodamente, sin saltos ni sacudimientos, sin quemarse los dedos al encender un puro, o dar con la cabeza en los cristales del cerrado ventanillo. El puente que se construye a la salida de Ozumba, debe llamar la atención de los conocedores. Lo más raro y peregrino es que se está haciendo a despecho de la naturaleza conjurada. Las aguas pluviales remojan la mezcla y a cada hora tiene de volver a emprenderse la tarea. Es la tela de Penélope convertida en puente.

Pero querer es poder. Yo no sé cómo, pero el puente va adelante. Llueve todo el día, se necesita que los trabajadores comiencen su tarea más de mañana, y los diluvios impiden la continuación de los trabajos. A las once de la mañana el cielo está cubierto de espesas nubes, que comienzan a vaciar sus llenas ánforas sobre la tierra. Aquello es imposible. Sin embargo, los trabajos prosiguen su marcha progresiva. El puente se terminará dentro de poco. Es una lucha homérica de los ingenieros con las nubes.

Ozumba es una población querida entrañablemente por las aguas. Sus casas de tejado lo revelan desde luego. Sus casas, escalonadas en los flancos de la montaña, parece como que intentan una ascensión al cielo. Me han dicho que se proponen dar

una corrida de toros por semana; supongo que este proyecto se realizará en tiempo de secas. De otro modo, sería preciso cubrir toda la plaza con un paraguas gigantesco, u obsequiar a cada uno de los espectadores con un *Mignon* de la casa de Guerin. Si la entrada es a peso, y aceptan mi último consejo, les auguro casa llena.

Pomponet

(*El Cronista de México*, 4 de septiembre de 1880, pp. 492-493)

Crónica humorística Memorias de un vago

Peluquería Micoló, Setiembre 10 de 1880

Los bailarines preparan ya su *claque* y su casaca para el próximo quince de Setiembre; los salones del señor ministro de Guatemala abren sus puertas y en los talleres de sastres y modistas se nota animación inusitada. En México, los sastres trabajan generalmente poco; pero, en cambio, las modistas trabajan menos. Los sastres hacen levitas y créditos que nunca les pagan; las modistas, como los santos padres en el limbo, aguardan la deseada venida del Mesías. Cada vez que un vigía de los salones de este grito: ¡baile! sastres y modistas se regocijan y alborozan como los tripulantes de la carabela en que iba Colón al escuchar la voz de: ¡Tierra! Para las modistas cualquiera baile es bueno; para los sastres no hay nada comparable a un baile de fantasía. ¡Dura tanto el frac! Los años pasan por él sin alterarlo, y yo conozco uno que tuvo la honra de admirar últimamente, y cuya amistad conmigo data del segundo o tercer baile del imperio. ¡Pobre frac! Como los ultramontanos incurables, pertenece a una época remota. Se puede estudiar en su lustrosa superficie el número de bailes a que ha ido, por las manchas de Oporto y de Champagne que no ha podido desvanecer completamente la mano de los sastres. Pertenece a la época terciaria. En sus faldones se han albergado multitud de veces piernas de pavo frío, tajadas de queso suizo y lonjas de jamón. Hay gente que solo asiste a los bailes por cenar. Pero esta cena no dura únicamente el corto espacio del *buffet*. Se prolonga durante unos seis días o una semana, gracias a la previsora solicitud de esas hermanas de la caridad con pantalones, que recogen los restos de la cena con la misma caritativa valentía con que las damas de la cruz roja alzan del campo de batalla los cuerpos de los muertos. En los bolsillos del pantalón caben perfectamente dos medias botellitas de Cognac. La faltriquera sirve perfectamente para dar un hospedaje cariñoso a cincuenta tabacos de la Habana, y las bolsas de los faldones son incomparables para llevar toda una provisión de carnes frías.

Henri Murger refiere en sus “Escenas de la vida bohemia,” cómo uno de sus héroes había mandado hacer un paletot, en cuyas bolsas cabían holgadamente veinte

tomos. Maximiliano Baz tiene uno parecido, que es todo lo que se llama una biblioteca ambulante. Pues bien, las casacas de ciertos personajes, como el *ulster* de Max, son también bibliotecas ambulantes. Nada más que en ellas los autores predilectos son Gautier, Roederer, el padre Kermann, los jamones de Westfalia y el *paté* de Strasburgo. Cuando uno de estos cazadores en vedado manda hacer un frac, lo primero que encarga al sastre es que las bolsas sean muy anchas. Asiste al baile, levanta su botín, y llevando uncidos a su frac los prisioneros, alza el campo, toca la diana de marcha y vuelve a sus cuarteles con provisiones de boca para cuatro días.

*

* *

Para que todo quede compensado, por estos grandes glotones que almuerzan en casa a costa ajena, tenemos otros aficionados a cartujos que ofrecen ayunar cuarenta días. En los Estados Unidos, el país de las extravagancias, existe el Dr. Tanner que ha pasado sin comer, a usanza de los profetas bíblicos, cuarenta días. En México, lugar en donde imitamos escrupulosamente todo lo yankee, incluso la Constitución, tenemos ya en campaña al sastre Hourcade que ha ofrecido ayunar veinticuatro horas más que su competidor americano. El gran bromazo del autor de los chalecos blindados ha corrido buena suerte. Todos se preguntan si en verdad quiere Hourcade dar quince, y falta al gran fenómeno de abstinencia voluntaria que asombra aún a los honestos neoyorkinos. La cuestión es grave. Si el procedimiento de Tanner llega a realizarse, Recamier y Mr. Nelly tendrán que echarse a buscar un nuevo oficio. Por mi parte, renuncio desde luego a sus ventajas. Yo estoy por el sistema antiguo. Es un tanto cuanto más caro; pero es también mucho más cómodo. El día en que no tengamos necesidad alguna de comer, nos moriremos de fastidio. Hourcade tiene todavía la gran ventaja de pasar todo el día cortando géneros. Pero nosotros, pobres hombres que hemos aceptado sin escrúpulo la profesión de vagos, nos veremos obligados a cortar honras ajenas. Desde el día en que no se coma, acabará irremediablemente la amistad: ¡ya no habrá amigos! En el orden de cosas establecido ahora, los amigos son una especie de candidatos oficiales que esperan con ejemplar paciencia la hora de comer. Aquel que da más a menudo de comer, es, sin disputa, el que se encuentra más relacionado.

¡Comer! ¡Supremo placer!
Dadme algún otro mejor:
¿La mujer? Pues la mujer
No es más que un plato de amor!

La experiencia atrevida del Dr. Tanner y del sastre Hourcade viene a trastornar completa y absolutamente el admirable orden del mundo. La necesidad de comer es a manera de aguijón omnipotente que nos espolea para acometer grandes acciones y empresas arriesgadas. La comida engendra el trabajo, como del huevo sale la gallina. Supongamos que los revolucionarios franceses de 93 [sic], puestos a dieta por el antiguo régimen, no hubieran sentido esa hambre y sed —no de justicia, sino de carne y vino— que los impulsó a declarar ardientemente los derechos del hombre, o lo que vale tanto, el derecho a la comida: es indudable que Luis XVI hubiera entonces con-

sumido cuatro quintales de tabaco más, y que los parisienses no hubieran celebrado el 14 de Julio de este año la toma de la Bastilla por los *Sans culottes*. Supongamos después que el gran Colón hubiera nacido en una época dichosa para la que fuese letra muerta la comida. Yo no niego que el atrevido navegante hubiera dejado por esto de intentar el descubrimiento de un nuevo paso para las Indias; pero estoy seguro de que nadie le habría acompañado en la aventura, porque los tripulantes de sus barcos, como todos los descubridores de todos tiempos y lugares, lo único que querían era comer. Si el Dr. Tanner hubiera nacido cinco siglos antes, América estaría aún sacrificando víctimas humanas. ¡De lo que dependen las cosas de esta tierra!

Tampoco se me oculta que de este divorcio del hombre y del almuerzo, pueden resultar y resultarán sin duda grandes cosas. Hoy en el orden físico, lo mismo que en el moral, las especies grandes devoran a las pequeñas; el tiburón devora a los peces; el lobo acaba con las ovejas; el águila, ese bandolero de la atmósfera, vive a costa de las aves inferiores; Bismark se almorzó en un abrir y cerrar de ojos a Napoleón tercero. El mundo no es más que la mesa del fuerte, y el porvenir pertenece a aquel que pueda comer más. Hamlet se equivocó lastimosamente al decir que el ser o no ser era el problema eterno, porque el verdadero problema eterno es comer o no comer. Toda cuestión humana se resuelve sin remedio en una cuestión de cocina. Napoleón el grande no fue mas que un glotón de coronas. La política moderna, el arte de aplacar y contener las revoluciones, se reduce sencillamente a una obra de misericordia: dar de comer al hambriento. Los revolucionarios y los cocineros se distinguen por el gorro: sólo que el de los revolucionarios es casi siempre rojo, y el de los cocineros blanco, que es el color de la paz.

*

* *

¿No más comida? Pues no más rebeliones, no más guerra, no más adulterios, no más crímenes. Los gacetilleros no encontrarán una noticia por un ojo de la cara. Los jueces no hallarán quien los compre. El mundo tendrá cierta unidad de acción tan fastidiosa como las clásicas tragedias de Racine.

El mal es el resultado legítimo de la comida. Una víctima de Dionisio el tirano, condenada injustamente a muerte, contestaba al lictor de su juez: –“Apelo de la sentencia! –Pero ¿á quién apelas?– A Dionisio en ayunas! Nerón incendió a Roma después de haber comido. Lucrecia no había almorzado cuando rechazó a Tarquino. Todas las cosas buenas han sido hechas por hambrientos: ejemplo el “D. Quijote.” El pecado no es más que la indigestión de la manzana comida por Adán. Cuando el mundo no coma, el sueño de los milenarios y de los furrieristas habráse realizado.

¡Suprimamos la comida!

Entónces habrá de seguro un número infinito de matrimonios más. Lo que espanta a los que ahora siguen la carrera de maridos es la glotonería de las mujeres. Cuando Dios dijo: “Creced y multiplicaos,” debió agregar: “¡Y que asimismo los panes crezcan y se multipliquen!” De esto modo, casi todos nos casaríamos. Porque, en último análisis, el matrimonio no es más que una operación aritmética: una multiplicación de bocas.

*
* *

Y a pesar de todo, yo soy un defensor acérrimo del matrimonio. El matrimonio viene del amor, como el vino de la uva. (Byron hubiera dicho, como el vinagre del vino). Balzac, que era un extravagante, no supo nunca lo que dijo. El hombre es un ser incompleto. Dios lo creó hombre y mujer al mismo tiempo; pero de resultas de un enojo por cuestiones de cocina, el hombre tiró por su lado, la mujer por el suyo, se divorciaron sin la intervención de M. Naquet, y desde entonces ándanse buscando, como si hubieran perdido su propia sombra o parte de su cuerpo. Los que se casan hacen bien: hasta aquí estoy de acuerdo con San Pablo. Pancho Suinaga, por ejemplo, que ha recibido la bendición nupcial en uno de los últimos días de la semana, hizo perfectamente. La Srita. Concepción Tornel, que ahora es ya la Sra. de Suinaga, lleva en su canastillo de boda dos joyas de incomparable precio: la virtud y el amor. Es una de las estrellas de nuestra aristocracia. El Sr. Suinaga ha inventado una caza nueva y especial: la caza de estrellas. Dicen que la mujer que da la felicidad es un cuervo nácar. Pues bien, Pancho Suinaga, con la paciencia de un cazador flamenco, ha estado al acecho, durante largo tiempo, en el breñal del celibato. El cuervo nácar atravesó el espacio, el cazador hizo fuego, tuvo excelente puntería y volvió al hogar con una cacería riquísima: la cacería de la felicidad.

Pocos tienen esa fortuna. Si cada mujer fuera un espejo, y en ese espejo se viera la Srita. Concepción Tornel, no habría solteros. Pero después de todo, Pancho Suinaga está ahora de desgracia. Hace poco le robaron una conducta; ahora le han robado el corazón!

Pomponet

(El Cronista de México, 11 de septiembre de 1880, pp. 508-509)

Crónica humorística Memorias de un vago

Setiembre 24 de 1880

Para todos se hizo la independencia, menos para los desgraciados periodistas. Héme aquí obligado a dar exacta cuenta de los regocijos patrióticos, cuando la natural indolencia de mi carácter y el odio ciego que profeso a todas las fiestas en que interviene el pueblo, me aconsejaban haber huido cuerdamente de las ostentaciones militares, de las funciones gratis, de los cohetes de luz y de los discursos oficiales. Un amigo mío, que es más perezoso que yo –y ya se dijo todo– dice que no querría ser presidente de la República de México, exclusivamente por no mirarse precisado a oír, sentado y casi inmóvil, dos docenas de patrióticas peroraciones, cuya primera edición sale el 15 por la noche, y agotada en el acto, como la edición de un poema esculpido por Víctor Hugo, se reproduce el 16 por la mañana, no corregida, pero si

aumentada, desgraciadamente. Yo aceptaría la presidencia, con ese inconveniente y todo; pero no comprendo por qué se sujeta al jefe del Ejecutivo a oír por partida doble un número dado de patrioterías. Hay una especie de patrón, a semejanza de los que vienen insertos en la *Moda*, conforme al que se cortan invariablemente los discursos y las poesías sobre la independencia. Sin oírlos, me atrevería a decir aproximadamente lo que el orador Zutano o el poeta Perengano hubiera dicho. Para el guiso de esos platillos conocidos, debe haber una receta invariable en los libros de cocina aplicada a la oratoria. Mejor dicho, son platillos recalentados. No hay paladar que pueda soportar dos días seguidos esos alimentos. La apoplejía es inminente. Estas solemnidades deben haber sido inventadas por un presidente de la suprema corte, deseoso de ocupar el sillón presidencial. Son un conato de homicidio.

Para consolarnos, tenemos una honesta diversión: los fuegos artificiales. No hay más que tres peligros: o le revienta a uno a dos pasos de distancia alguna bomba mal dirigida, dejándolo sin ojos, cuando ménos; o le roban el reloj [sic] en muestra de la soberanía sin límites del pueblo, o lo magullan y aplastan hasta sacarle el quilo. Pero eso sí: cuando no pasa ninguno de estos infortunios, puede vd. estar seguro de que se aburre soberanamente. Las funciones gratis son un gran recurso para liberarse, en cuanto sea posible, de tales peligros y tan desastrados accidentes. En el teatro no hay bombas ni petardos, ni *pick-pockets*. Esto ya es una ventaja. La concurrencia, casi siempre, es numerosa: he observado en mis viajes que toda diversión gratis está muy concurrida. Puede vd. sentarse lo que no siempre es posible, en el jardín de la plaza; oír declamar a Burón soberbiamente las últimas escenas del “Drama nuevo,” y ver bailar a Paca una retozona jota aragonesa. Decididamente, es preferible el teatro a los prodigios pirotécnicos y los asombros de las bombillas rojas, cuya invención se debe a mi excelente amigo Nacho Bejarano.

Hay una cosa, sin embargo, que debe verse con escrupuloso esmero en estos días solemnes de la patria: la colección de mujeres bonitas que discurre por las calles, y que sólo vuelve a verse en los días señalados con gran cruz por los autores de almanaques. Estas mujeres son verdaderamente intermitentes. Nadie conoce sus ocultos escondrijos. ¿Qué hacen durante los días vulgares y corrientes esas pollas que solo dejan que se las vea a la luz rojiza de un cohete o entre las sombras de una iglesia, el Viernes Santo? El teatro es un templo cerrado para ellas. Nunca se aventuran quince varas más allá de la puerta de su casa, y viven encerradas como monjas profesas, rompiendo sólo su clausura en los días de regocijos oficial y gala pública. ¡Cuántas confidencias solo oídas por la aguja en los días siguientes al de su paseo periódico!

¡Con qué paciencia aguardará el sombrerito, pasado ya de moda y con sus flores ajadas, envuelto en una triple coraza de papeles y escondido en el sitio más alto de ropero! Cuando concluida la costura del día se asoman por la tarde a la ventana y ven allá muy léjos, al terminar esa hilera larguísima de calles, el ir y venir de los carruajes que van a la calzada, no se atreven siquiera a imaginar que también ellas pueden confundirse algún día con la muchedumbre elegante de mujeres bellas que ostentan su traje, como la mariposa sus alas, desde el fondo del landó.

*
* *

Hay otra clase digna de especial estudio en el 16 de Setiembre: la de aquellos que han comprado algún billete de la lotería. Todos llevan al hombre el cántaro de la lechera. La víspera, al dormirse, comienzan a construir sus castillos en el aire! Para estas construcciones no se necesita ni arquitecto ni permiso del ayuntamiento. La cama puede estar dura; faltarán colchas en ella; la mirada no descubrirá más que desnudas paredes y vigas descubiertas; pero la imaginación puede revolotear como una mariposa de oro, en esa atmósfera pesada y soñolienta, a la media luz de la pequeña lámpara de aceite, y descubrir mundos de joyas y de pedrerías, perderse en la caverna de Alí Babá, cuyas estalactitas están formadas de diamantes y rubíes, oír el agudo sonido de un chorro de onzas de oro, filtrándose por las hendiduras de la roca, llenar sus manos codiciosas de monedas y de perlas, y esparramarlas, entrea-briendo los dedos, como se arrojan los granos de maíz a los polluelos!

Aquel billete, que asoma una de sus blancas puntas por la bolsa del *chaquet* raído, que cuelga de un perchero ya desvencijado, es la carta de introducción al mundo de la fantasía. Con él se tiene derecho a tomar un asiento en el wagon [sic] que va de lo real a lo ideal, y hacer un viaje de placer a través de los mundos encantados, durante un espacio, más o menos corto, de tiempo. El valor real de ese rugoso pedazo de papel es de cinco duros; su valor representativo de veinticinco mil; su valor imaginario varía según la potencia inventiva de los tenedores. Puede ser una fábrica naturalista, una casa espaciosa y amplia y cómoda, con su huerta, su corral y sus gallinas, pero también puede ser un palacio de la sultana Scherazada, un castillo de la hermosa durmiente, o un alcázar todo de mármoles y oro.

Si el tenedor del billete es un burgés honrado, que aspira a no tener deudas y vivir en quietud y con holgura, los veinticinco sacos de plata se convierten a sus ojos en una gran tienda llena de cajones y de tarros, con su ancho mostrador, en cuyo centro se alza la reja de los licores, y con sus grandes balanzas, limpias y lustrosas, pendientes de las vigas. Dentro de aquellos veinticinco sacos vienen para él los dos vestidos de seda que piensa regalar a su jamona esposa, uno de color para los días de Corpus y de Nochebuena, y otro negro para las tristes solemnidades de la Semana Santa. Esos dos trajes, hechos por alguna modista trashumante, significan para él las dos columnas de Hércules del lujo. Sondeando el porvenir con sus miradas ávidas, ve nuestro burgés cómo los veinticinco mil duros vándose convirtiendo en ricos chORIZONES y en pavos rellenos, en botitas y vestidos para los chicuelos, en asientos delanteros de galería para las funciones teatrales de los días de fiesta, y en giras compes-tres hechas en dos o tres coches simones, cargados de cazuelas con mole y arroz a la valenciana, y grandes cestas llenas de botellas, de esas que encierran un vino tinto, agrio y rasposo, o algún licor dulzón y azucarado.

Si el comprador del billete es un hombre de grandes imaginaciones, un poeta por ejemplo, la cuestión varía de aspecto. Sus ambiciones y sus sueños no caminan *cahotant—cahotant*, en el fondo de una pesada diligencia; van caballeros en un corcel fantástico que devora la tierra con sus pasos, y por cuyas anchas narices, dilatadas con la precipitación de la carrera, sale un humo blanco, como la nube de vapor que se escapa de la mal cerrada válvula. Para este jugador romántico, los veinticin-

co mil del premio gordo no son más que la copa de vermouth que se toma antes de la comida para abrir el apetito. Cada una de esas onzas, que ya mira entalegadas ensu cuarto, está destinada a crecer y multiplicarse como la gran familia humana. Cada una tiene su oficio o empleo ya designado de antemano. Son los soldados de un ejército capitaneado por la audacia. Con el grueso de estas tropas, se mira ya lanzado en grandes especulaciones y peligrosas aventuras. Aquel piquete de onzas, formado en batallones, o para hablar más claro, en cartuchos de a veinte cada uno, riñe un descomunal combate sobre la verde carpeta del garito ¡Oro! ¡oro! Los dedos del vencedor bastan apenas para recoger, sin contarlas, todas las onzas que ha ganado. Su cartera, de cuero de Rusia, rebosa billetes de banco, como un baúl de viaje, mal cerrado y revuelto, deja ver la ropa blanca saliendo con desorden de su fondo. Tiene una gran fortuna... dos, tres, cuarenta, cien millones! Y aquel oro se va convirtiendo en palacios, en fiestas, en mujeres. En el cerebro del pobre –se levanta, con los brazos abiertos y la mirada húmeda de amor, el cuerpo de la mujer a quien ama y que, por pobre, la ha despreciado muchas veces. Su cabello rubio, de un rubio rojo, como el oro puesto al fuego, desciende en larga espiral, como un haz de rayos solares, hasta rozar la boca del asombrado amante. Es rico, es joven, y es amado. Rico como un Nabab, joven como la Primavera, amado como un Dios. Hunde la mano en su gran saco lleno de piedras preciosas, y la arroja en el azul faldellín de su querida, como fichas de cristal, o granos de vidrio hueco. El sonido que producen al caer, chocando unas con otras, se confunde en el aire con las alegres sonrisas de la jóven. Aquel dinero, simboliza la mar, el buque majestuoso que se aleja, la champagne bebida durante la travesía, París, el Bois de Boulogne, las cenas estrepitosas en un gabinete acolchonado de la Maison d'Ore, el resplandor de los lustros reflejando en los tersos espejos del salón, el mariposeo de trajes claros y peinados de flores y brillantes, arrastrado en un confuso vértigo de velocidad, el ruido de la música, las copas, y las risas, el aturdimiento, la alegría, el despilfarro de la vida!

Cuando el primer rayo de luz se filtra por las maderas mal unidas, y los cañonzos del alba van rodando, en ondas sonoras, por la atmósfera, el tendero y el poeta vuelven la cabeza al otro lado de la almohada y se acurrucan en las sábanas. No es posible seguir soñando. Las últimas visiones, refugiadas en un rincón telarañoso de la alcoba, aprovechan el último jirón de sombra para rebujarse en sus estrechos pliegues, como en una capa, y desaparecer por el cañon ahumado de la chimenea. El billete sigue asomando su pequeña punta en la bolsa mugrienta del *chaquet* raído. ¡Si saldrá.....! Si no saldrá!.....

Pomponet.

(*El Cronista de México*, 25 de septiembre de 1880, pp. 539-540)

Crónica humorística Memorias de un vago

Setiembre 30 de 1880

El éxito de la *Venus negra* ha sido verdaderamente halagador para la empresa. Es una obra, que si no se descarrila o sufre un choque, llegará de seguro a su destino, después de atravesar por cincuenta paraderos, esto es, por cincuenta representaciones. El choque, por lo menos, no es posible. No se ve en el horizonte ningún asomo de comedia de magia, digna de luchar con el grande espectáculo que ha montado la empresa Burón-Bernis. La *Hija del mar* es un falucho que, estando la mar sosegada, se ha ido a pique. Debe lamentarse este naufragio, por los tripulantes. La *Venus*, pues, sin antagonista ni contrarios, sigue a banderas desplegadas su marcha triunfadora.

Este afán que se observa hoy en el público por los grandes espectáculos, el lujo de las decoraciones, y el oro falso de los trajes, nos viene importado de París. El parisiense que admira y ama todas las apariencias, se entusiasma en el teatro del Chatelet, cada vez que se exhibe alguna obra de magia. Las *Píldoras del diablo*, que es la última *féerie* representada, produjo al empresario trescientos cincuenta mil francos. Ahora, está en preparación para salir a las tablas en la temporada de invierno una obra nueva, el *Árbol de Navidad*. Entre las hojas, espesas y lustrosas del *Christmas tree*, se verá, como una muñeca alemana, blanca y rubia, iluminada por la luz de mil bujías microscópicas de esperma, la graciosa figura de madame Theo. Estoy seguro de que Rafael David daría su mejor florete por asistir a la primera representación de esa comedia. Sucede con los teatros parisienses, lo que pasa con el fruto prohibido: después de morderlo una vez, es necesario seguir siempre mordiéndolo. Estos meses de Agosto y de Setiembre son precisamente los meses de gestación teatral. Los autores que desde los primeros días de Julio se han retirado al campo para escribir sus obras, comienzan a entornar las puertas de sus quintas para que entren los empresarios codiciosos y amigos afortunados. Sardou, que pasó treinta y tres días limando su discurso académico, leído en la solemnidad de los premios a la virtud, se junta ahora con M. Najac, para hacer en colaboración una comedia, que hará morir de risa a los concurrentes a Palais Royal. Emilio Augier fuma su pipa a orillas de su pequeño lago de Croissy, entre la casa en donde Paul Derouledé retoca los alejandrinos trágicos de su *Moabita* y la casa en donde su sobrino, Emilio Guiard, busca las rimas cómicas de una comedia moderna. Los autores franceses han desertado vergonzosamente de París. Sus botas no tienen ya pegado al asfalto de los boulevares. En Fountenay-aux-roses escribe Hector Malot sus narraciones; en Saint-Lo, corrige Octavio Feuillet las suyas; en Courbevoi traza sus libros Luis Ulbach; en Champrosay, donde vivió Delacroix, trabaja Alphonse Daudet; Zola, alberga el naturalismo en Meudan y en Malabry; no lejos de la casa de Chateaubriand, intenta Edmond About una reacción honrada en la literatura.

Sardou escribiendo trabajosamente su discurso sobre los premios a la virtud, me causa lástima. Yo no sabría qué decir en una fiesta de éstas. Premiar la virtud públi-

camente, a son de cajas y trompetas, es en resumen un impudor supremo. Si los premios fuesen considerables sumas de dinero, la profesión de hombre virtuoso sería muy deseada y lucrativa. Un joven de veinte años, sin oficio ni beneficio, podría pedir la mano de su novia. —¿Qué profesión tiene vd? —le preguntaría el futuro suegro. —Soy hombre virtuoso —Pero ¿de qué se propone vd. vivir? —De la virtud.

El único inconveniente con que me hallo es que siguiendo por esta vía curiosa, llegaremos a tener muchos hombres virtuosos, pero la virtud no se hallará ni por un ojo de la cara. Confieso que el examen que debe preceder a esta repartición de premios debe ser algo molesto. Imaginen ustedes que inesperadamente llega a su casa un caballero que les parecerá desconocido. Como es muy natural le ofrecen ustedes un asiento y esperan a que hable.

—¿Tiene vd. buenas costumbres? Al oír esta pregunta abre vd. los ojos desmesuradamente pensando que su interlocutor es un demente.

—¿Qué hace vd. de noche? —Como, fumo mi habano—, hago una visita, suelo ir al teatro, y me acuesto invariablemente entre once y doce, pensando en que la semana avanzada y tengo que pagar el sábado a mis acreedores.

—Ah! ¿vd. tiene deudas?

—Sí, señor.

—¿Y por qué las ha contraído?

—¡Hombre! pues las he contraído porque se me ha dado la gana.

—Usted debe jugar. ¿Qué bebida prefiere usted?

—El ajeno.

—Malo, malo, veo con sentimiento que no sirve usted para lo que yo deseo.

—Pues a otra puerta! El sospechoso de loco se levanta, toma su sombrero, y después de hacer una profunda caravana se retira. Apenas ha cerrado la puerta tras de él, cuando la campanilla de la escalera vuelve a danzar epilépticamente aturdiendo los oídos con sus repiqueteos. El loco se presenta otra vez, sombrero en mano.

—Mil perdones, caballero: me había olvidado de lo esencial. ¿Nunca ha salvado usted la vida de algún hombre?

—Yo le diré a vd.: recuerdo haber dicho hace dos o tres años a una vieja sorda que atravesaba una calle: señora, cuídese vd.; ahí viene un coche.

—Ah, caballero, yo lo siento mucho, pero eso no es bastante para concederle a vd. un premio de primera clase. Beso a vd. la mano.

El hombre de las preguntas se retira, y en esta vez —no vuelve ya a subir las escaleras. Usted se queda creyendo que es un loco, pero se equivoca: es un agente encargado de buscar hombres virtuosos, dignos de que se les dé el premio Monthyon. Uno de los recién premiados, según veo en el *Figaro*, es un granadero que lleva cuarenta años de servicio. Premiarlo ha sido verdaderamente una inmoralidad: cualquiera se piensa en este caso, que si un hombre, después de cuarenta años de virtud, no ha podido pasar de granadero, la virtud debe servir para muy poca cosa. Con un poco menos de virtud hubiera sido mariscal de Francia. Como se ve, no pueden ser peores ni de más espantosa trascendencia estos ejemplos. Jamás se ha dado el caso de que un banquero, un propietario o un ministro, reciba el premio de la virtud. Luego la deducción legítima es que para ser banquero, ministro o propietario, lo primero que estorba es la virtud.

*
* *

Si llego yo a ser rico y muero en México, fundaré como Monthyon, un premio al que haya dado más bailes y tertulias en el año. Los que se atreven a abrir de cuando en cuando sus salones merecen una mención honorífica en la historia. El rico negociante español D. Francisco M. de Prida es digno, pues, de que la *haute gomme* le alce una estatua. El lunes próximo tendremos en su casa un espléndido baile de fantasía. ¡Noche en que el sol brilló!... podremos decir entónces, imitando a Justo Sierra. Los vagos tendremos de qué hablar en los corrillos de Plateros, y usted, lectora de ojos negros o azules, que sigue cada sábado con su mirada perezosa las líneas de mi “Crónica humorística”, verá, si ha ido al baile, la descripción detallada de su traje, y si escondida en la concha cerrada del hogar, pasó la noche, oyendo el ruido lejano de la orquesta, yo, como un diablillo familiar, evocaré, haciendo que crucen por el cristal de vuestra fantasía las figuras que se destacaban en primer término en el baile, los arabescos caprichosos de la cuadrilla y el torbellino fantástico del wals [sic].

Los bailes de carácter tienen un encanto principal: el de los preparativos. La polla que no se resuelve todavía por ningún traje, pasa largas horas hojeando las estampas de una novela de Sir Walter Scott, o los grabados de la Historia de Francia. Todas las reinas pasan ante sus ojos una revista minuciosa, desde las reinas altivas, como María Estuardo, hasta las reinas de la mano izquierda como Madame Pompadour. Las marquesas Watteau, con sus peinados de polvo y sus vestidos rameados, van por su imaginación codeándose con la pizpireta sevillana y la morena campesina de Florencia. No hay álbum de trajes que no sea escrupulosamente examinado; las colecciones de la *Moda* que en grandes tomos, con su pasta roja, están sobre la pequeña cómoda de palo santo que adorna el gabinete, yacen por el suelo, abiertas y con las páginas rugadas. El cofre en que la abuela guardaba sus vestidos de damasco, sus encajes y su mantón de China, con la tapa levantada, dejando percibir ese acre olor a polvo y a humedad que producen las cosas encerradas durante largo tiempo, parece en esos momentos un baúl de viaje, abierto en el interior de una posada. El estuche de las alhajas antiguas, transmitidas por herencia, es saqueado. El reloj [sic] de plata que apuntó las horas de una vida metódica, cortada por las oraciones y los chocolates, va a colgar del cinturón que rodea el talle más esbelto, y a sentir la mano un tanto cuanto atrevida del galante caballero que ciña con su brazo esa cintura. ¡Pobre reloj! Tus agujas, negras y anchas, recorrerán precipitadamente el blanco círculo, como si la furia del baile se fuera apoderando también de ellas! Los encajes que fueron los testigos mudos de una boda elegante hace treinta años, formarán una gola a la Ana de Austria para encerrar un cuello de opalo, cruzando por venas azules, casi imperceptibles.

Y mientras la niña de la casa, descontenta y vanidosa, entra así a saco en los recuerdos de familia y en el viejo guardarropa, la modista sube a cada media hora la escalera, yendo y viniendo con listones, con plumas, con blondas, con encajes. La servidumbre se ha puesto toda en movimiento. La costurera va en el coche, sentada en la mitad de la testera, a ver si los zapatos bajos están ya concluidos. El camarista corre a prevenir al peluquero para que vaya a tiempo. Y cuando el calor de las pri-

meras horas de la tarde ha decaído, una hora antes de ir a la Calzada la polla cubre su cabeza con un sombrero, y monta en su berlina para ir a los cajones. El coche se detiene frente a la puerta de la Primavera, y un dependiente salta el mostrador para ponerse a las órdenes de la bella compradora, que no quiere manchar el tacón terso de su bota con el lodo pegajoso del embanquetado. Este es el momento de la apoteosis mujeril. Cuando el interior del coche está rebosando cajas de cartón, con sus cromos lustrosos en la cubierta y el frú-frú de la seda hace que los transeúntes vuelvan la cabeza para mirar el fondo del carruaje, la mujer, rodeada de telas y de encajes, oyendo distraídamente la plática del cajonero que hace la apología de sus efectos, examinando con su mano diminuta, desnuda ya del guante, la calidad de los géneros, y viendo por el cristal delantero la librea de los lacayos rígidos en su puesto, siente el orgullo de un vencedor romano al hacer su entrada triunfal en la ciudad, seguido de cautivos y de esclavos, y la embriaguez de la victoria que debió sentir Víctor Hugo la noche del *Hernani*.

*

* *

Mientras podemos hablar extensamente del baile con que obsequia a sus amigos el caballeroso Sr. de Prida, no hay más recursos que poner en práctica esta máxima oriental: la palabra es plata, pero el silencio es oro. El tal axioma me ha parecido siempre el colmo del positivismo. Afortunadamente estamos en el tiempo de los colmos. ¿Díganme ustedes, si no, cuál es el colmo de la habilidad para un cirujano? Devolver el oído a una linterna sorda.

Pomponet

(*El Cronista de México*, 2 de octubre de 1880, pp. 556-558)

Crónica humorística Memorias de un vago

Balzac, al principiar su “Fisiología del matrimonio,” escribió en la portada este letrero: “Se prohíbe la entrada a las señoras.” Yo, que no soy Balzac ni mucho menos, prohíbo la lectura de mi crónica a todos aquellos que asistieron al baile de fantasía de la familia Prida. La razón es obvia: mi revista descolorida y flaca, como una polla aristocrática, no puede dar sino una breve idea de aquella fiesta, y los que por fortuna suya, concurren, deben recordar más detalladamente los trajes y ocurrencias que hubo en esa noche. El baile para mí no ha concluido; las parejas continúan danzando un turbulento cotillón en mi memoria; aturde mis oídos el compás revoltoso de la música, el crujido de los trajes que lucen (?) armoniosamente, las palabras oídas al pasar, el ruido de los platos y las copas, las risotadas alegres de los niños, y el rumor de los pasos cadenciosos en la alfombra; un gran mariposeo de sedas y encajes pasa ante mis ojos; por ahí va un vestido oriental, bordado de oro,

más allá un jubón del Renacimiento; estas calzas son de la edad media, esa capucha es de la corte de Ferrara en tiempo de los Borgias, aquella clámide es de los últimos años de Pompeya; el rígido frac negro se junta con los trajes de soirée; las alhajas esparraman, tiñéndola de colores apacibles, la luz de las bujías; figuras y vestidos se mezclan en confusos maridajes de líneas y colores; todo se mueve, todo se agita, todo danza, y al recordar el baile, siento las mismas sensaciones que experimenta el viajero en una de las salas de la Alhambra, cuando fija sus miradas en los frisos de diminutos arabescos, y pasando así largo rato, piensa que aquellos dibujos bullen y se inquietan, giran en caprichosas espirales, y danzan un wals [sic] alemán en las paredes.

Voy ya desesperando de hacer una revista exacta; y a fe que lo siento, no por vd., señora, que me ha hecho *vis a vis* en las cuadrillas, ni por vd., señorita, que quiso graciosamente acompañarme en la mazurka; no, sino por vd., provinciana, bella o fea, de ojos azules o negros, que en la ventana de su alquería, o en la puerta de su casa, aguarda allá en el pueblo la llegada del correo para leer mi crónica; rompe la faja sucia del periódico, rasga con una plegadera de marfil las hojas, y sentada en una silla costurera, mientras los niños travesean en el jardín y la luz va muriendo lentamente, lee en voz alta estos ecos de al corte, suspirando cada vez que recorre la descripción de un traje, como suspiran aquí las pollas que no han viajado nunca, por los grandes festejos parisienses que no han visto y no verán jamás acaso.

Es fuerza, sin embargo, aventurarme, sin el hilo de Ariadna, en este laberinto. Imagínese vd., pues, que yo la [sic] doy el brazo que juntos entramos a la sala. En el patio hay una banda militar que tocará hasta las seis de la mañana. Subamos la escalera. Permita vd. que deje en el guardarropa mi sobretodo, que cierre estrepitosamente el *claque* y que descubra los hombros y la espalda láctea de vd., quitándola [sic] el abrigo. En el corredor hay una doble hilera de sillas austriacas. Allí descansan los hombres de la política y la banca. ¡*Vade retro!* En el faldón de mi paletó he dejado el último harapo de mi formalidad. No quiero hablar de periódicos subvencionados, de combinaciones ministeriales, ni de leyes. Se entra a la ante sala; a la izquierda hay un gabinete con algunas mesas; en una de ellas, mi editor, irreprochable y *cravaté de blanc* juega al tresillo. ¿Entramos a la sala? Esto es lo más difícil, bailan una danza, y los curiosos se aglomeran en la puerta formando una barrera impenetrable. Afortunadamente vengo con vd., señora; y la belleza, como la luz, entra muy fácilmente a todas partes. Primeramente, saludemos a la Sra. Arteaga de Prida, que con peregrina distinción y exquisita cortesanía, hace admirablemente los honores de la casa. La Sra. de Prida viste un elegante traje de seda negro, y ostenta sin orgullo sus magníficas alhajas. Es una verdadera dama de salón. El Sr. Prida nos recibe afectuosamente. La rigidez y severidad del rico negociante se han quedado en la caja de hierro del despacho: aquí sólo es un noble castellano, haciendo los honores de su alcázar.

Ahora, ya podemos penetrar libremente en los salones. Las dos salas de baile son grandes y espaciosas. Sin embargo, apenas puede circular en ellas la multitud de parejas que hay bailando. Es imposible distinguir todos los trajes. Puede asegurarse que desde el último baile dado en la Lonja a la comisión de Chicago, no había vuelto a verse en México una fiesta más brillante y concurrida. Si no me engaño, aque-

llas son las Sritas. Prida. Una de ellas viste un traje bellissimo de Sorrentina; la otra, tiene un traje italiano, de capricho, que bien puede ser el de una pescadora de la bahía de Nápoles. Difícilmente, hubieran encontrado las Sritas. Prida tocados que fueran mejor a su fisonomía. Ambas están encantadoras por la verdad y naturalismo de sus trajes. ¿Habrá resucitado Lamartine y se habrá hecho modista en su segunda vida? Aquélla es la misma figura de Graziella; éste es el mismo rostro de estas napolitanas, tantas veces cantadas por el gran poeta. Hagamos nosotros ahora una excursión a Oriente. La Srita. Josefina Esperon, con su traje y con su belleza árabe, va a revelarnos los misterios de la tierra del sol y de la luz. Su cutis tiene esa blancura dorada de las orientales. Parece que su pie sólo ha pisado los tapices de Smirna, y las gradas de alabastro oriental de las piscinas del harem. Es una Venus esculpida por Cleomenes para el templo de Chipre y trasportada al serrallo de Padischa. Si tardo algo más en contemplarla, salgo del baile para hacerme mahometano.

La Srita. María Santacilia hizo perfectamente en vestir de circasiana. Para llevar bien ese traje se necesita ser tan hermosa como es ella: ¿no son las circasianas el tipo más acabado de la belleza? Pero la Srita. Santacilia, en cuyo cutis fresco se mira aún la tersura incomparable de la adolescencia, tiene verdaderamente un tipo circasiano. Sus ojos grandes y hondamente negros, dos cárceles de luz, dan vértigo como el océano cuando se le ve de cerca. Su cabellera es una noche africana, y en su negrura soberbia se destacaban admirablemente los cequíes de oro que formaban su tocado. Ésa es verdaderamente la belleza oriental, y al verla me parecía mirar a una de esas graciosas e indolentes odaliscas reposando en el diván magnífico, al lado de la cazoleta que humea, entre el chibuck y la colación de frutos y conservas. Como un modelo oriental, la tribuna de Florencia, el salon cuadrado de París, la galería de Madrid y el museo de Dresde, se engalanarían con su retrato como una obra maestra.

Si Patricio Moreno tuviera la amabilidad de no enfandarse conmigo vaciaría mi cesto de flores a los pies de su señora que viste un admirable traje de georgiana. La Sra. Gutt de Moreno tiene una belleza dulce y apacible. Es una georgiana, pero una georgiana trasladada al lienzo por el pincel de un alemán. Su cabello está hecho de hilos de ámbar iluminado por el sol. Un vapor sonrosado de vida y juventud la rodea por todas partes. Me han dicho que llevaba riquísimas alhajas. No podré asegurarlo: ¿quién piensa en las alhajas cuando la mira a ella?

Pero he ahí otro traje oriental de encantador naturalismo. Es el de la Srita. Mercedes Dublan, una morena que llegaría a hacerme odiar a las rubias. Sus cabellos se enredan en forma de corona; sus brazos torneados se adivinan bajo la manga ancha y amplían de su traje; su boca parece una concha entreabierta... Bien dicen que el Oriente es la región de la belleza. Abandonemos, sin embargo, estas regiones tan lejanas, no sin mencionar el valioso traje de la Sra. de Gamboa; tenemos que abster todo y el tiempo urge.

Podemos ahora dar un paseo brevísimo por las calles enarenadas de Versalles. Al ver a la Sra. Quintana de Goríbar, con su traje Watteau y su peinado de polvo, me incliné respetuosamente, pensando hallarme frente a frente de una reina. Y no me equivocaba, la Sra. de Goríbar es una reina por el derecho divino de la belleza. Tiene la elegancia inglesa, la gracia vaporosa y romanesca, el cuello de cisne, los labios de cereza, de esas figuras pintadas por Lawrence. Las olas revueltas del enca-

je hierven como espuma en torno de su cuerpo aristocrático. Es una verdadera belleza del siglo de Luix XV; la elegancia va con ella a todas partes, y en el salón de una embajada, lo mismo que en las salas de la *bourgeoisie*, es siempre esbelta y bella, una figura perfectamente aristocrática arrancada a las hojas de un keepseck. Hay una creación de Ingres, que tiene extraño parecido con la Sra. de Goríbar: la Venus Anadyómede. Jamás en el marfil de la India, ni en el mármol de Paros, ni la madera, ni en la tela el arte representó una figura más virginalmente hermosa, más idealmente joven, más divinamente bella. Trenzas de color castaño, retorcidas, dejan caer algunas perlas amargas en el seno, ya sonrosado por la emoción de la vida, en tanto que sus pies, blancos como la espuma argentada de las olas, conservan aún la fría palidez del cutis húmedo. Los amores danzan en torno a la nueva diosa, ofreciéndole un espejo de metal pulido; después de haber mirado en él su imagen la diosa, será verdaderamente mujer, porque tendrá la conciencia de su belleza.

Si la hermosura de la Sra. de Goríbar recuerda la *Venus Anadyómede* de Ingres, la belleza aristocrática de la Srita. Carmen Romero Rubio trae a la memoria esas ladies [sic] que los pintores del *high life* presentan admirablemente en sus libros of *beauties*, haciendo crujir la seda de sus trajes, sentadas con indolencia desdeñosa en sillones de pies dorados, cerca de una consola *rocaille* o de una columna que rodea una cortina de púrpura. La sombra se atreve apenas a desflorar sus encarnaciones de nácar y de perla, sus matices de rosa diluida en leche; en torno a ellas las estofas espejean opulentamente, las alhajas cintilan con todos sus fuegos, los encajes palpitan como alas de paloma; el armiño ducal extiende su nieve mosqueada de puntos negros; se bañan en la atmósfera dorada de las altas esferas, y el orgullo de la raza y del lujo respira a través de su gracia, en sus pupilas azules y en sus labios encarnados, que pliega donairosamente el *sneer* inglés.

Buscad entre esas figuras de Lesly, de Reynolds, de Sir Thomas Lawrence, la más bella; vestidla con un traje a la Luis XV, y habréis visto a la Srita. Carmen Romero Rubio tal como estaba en aquel baile.

Para figuraros a la Srita. Pilar Bros, es menester que que os trasladéis con la imaginación a otros países y lugares. La napolitana que cantando una canción alegre vuelve a su cabaña, con la tez bronceada por las brisas marinas y los rayos del sol, con su cabellera perfectamente negras como sus ojos, entrelazada con corales, es el retrato vivo de la Srita. Bros. El mismo perfil correcto y bello, el mismo fuego en la mirada, la misma gallardía en el traje. Hay un proverbio que dice: "Ver a Nápoles, y después morir!" Si las napolitanas tienen esa misma sonrisa apacible de la Srita. Bros, esa dulce vaguedad de la mirada, esos ojos profundos y soñadores, comprendo perfectamente a los que despues de haber vivido en Nápoles, sólo quieren vivir en el cielo. Yo de mí sé decir que viviría perfectamente entre las flores, si hubiera violetas tan delicadas y preciosas como la Srita. Rosa Bros. No pudo ciertamente tener mejor elección para su traje la rubia soñadora. Porque la Srita. Roca Bros es una violeta, pero una violeta de Parma. Oculta entre sus hojas se la adivina por su perfume: el perfume de la mujer es la virtud. Sencilla en sus trajes, sencilla en sus adornos, es la mujer del hogar y del cariño. Su cutis blanco y transparente, deja mirar el rojo de la sangre que se desliza con sosiego por sus venas. Su cuerpo parece tejido con rayos de luna, y en sus cabellos se quedó cautivo un reflejo dorado del cre-

púsculo. La Srita. Bros era seguramente una de las pollas más agradablemente bellas del salón. ¿Era una violeta animada? Pues entonces, las violetas son las reinas de las flores.

También vestía de violeta la Srita. Tagle. Precioso traje que convenía perfectamente a su belleza suave y apacible! La Srita. Natalia Tagle llevaba un traje con los colores de la bandera mexicana. Su tipo, verdaderamente criollo, se armonizaba a maravilla con aquel vestido. Era una república, pero una república tan bella que haría renegar de sus principios al más fanático flordelisado de la vieja roca. ¡Lástima grande que, como el niño que por primera vez entra a un jardín, me haya entretenido tan largo tiempo en la contemplación de algunas flores! El tiempo urge, los cajistas se impacientan, y apenas queda tiempo para mencionar *pêle mêle* trajes y nombres.

Esto es terrible, verdaderamente terrible. Yo querría que las columnas del *Cronista* se ampliasen ahora por un influjo mágico, para hablar largamente de la Srita. Celsa Zaldívar, que llevaba un rico traje de *soirée* color de rosa, dejando a descubierto sus torneados brazos. El traje de la Srita. Zaldívar era uno de los más lujosos de la reunión. Me parece mirar todavía a la Srita. Ana Badillo, con su cintura esbelta que se cimbreaba en el vértigo del wals [sic], con sus ojos semejantes a dos diamantes negros, vestida con ese traje pintoresco de pasiega, que realzaba la morbidez de sus contornos; a la Srita. Soledad Juárez, convertida en una napolitana verdadera, simpática y atractiva como pocas; a la Srita. María Elisa Lacló, en traje de *Dinorah*, pero de una *Dinorah* como no la soñó nunca el músico alemán en sus delirios; una *Dinorah* de largos bucles negros, naturales, que caían hasta la cintura, formando un marco de ébano a su belleza clásica. No puedo tampoco detenerme ya ante esa graciosa campesina, la Srita. Enriqueta Aspe, que demuestra más que el *Beatus ille* del viejo Horacio y la descansada vida de Fray Luis de León las bellezas y dulzuras de la vida rústica; ni ante esa locura, la Srita. Calzada, que hace aborrecer el juicio; ni ante esa otra locura, la Srita. Agustina Jáuregui, que ha tenido el capricho de disfrazarse de locura, quizás porque es una de las damas que más buen juicio tienen. Bailando una cuadrilla distingo en aquel ángulo del salón dos páginas de Bulwer animadas: son la Srita. Plowes y la Srita. Subikuski: sus túnicas rojas y sus azules *palliums*, señalan perfectamente el carácter de su traje pompeyano. Aquella nieve es la Srita. Virginia Estaboli. Aquella campesina, morena y de ojos negros, bella y graciosa, es la Srita. Natalia Jáuregui: esa otra esbelta aldeana, es la Srita. Iniestra. La Srita. Manero ostenta con gallardía un precioso traje árabe; y allá, del brazo de Felipe II, —en el siglo, Paco Prida— veo pasar, hecha una completa y perfectísima tehuantepecana, a la preciosa Srita. Margarita Maza. Este era el traje más original y fiel de la reunión. Si todas las tehuantepecanas fueran tan simpáticas y bellas como la Srita. Maza, la cuestión del Istmo se hubiera resuelto desde luego, sola para verlas.

Aquel otro grupo está formado por señoras en traje de soirés. Saludemos respetuosamente a las Sras. de Sánchez y de Santacilia, que pertenecen a la gran dinastía de las damas amables y simpáticas; a la Sra. Rivas de Adalid, cuya arrogante hermosura me recuerda a la Diana cazadora; a las Sras. de Castellanos y de Díaz, que con su hermosura y su elegancia, argumentan en pro del matrimonio mejor que Michelet y Gustavo Droz; a la Srita. Santacilia que hace esta noche sus primeras

armas, es decir, su primer baile, y viste el traje sencillo y gracioso de Margarita en Fausto; pasemos cerrando cuidadosamente las pupilas para evitar que nos deslumbrén los claros resplandores de ese ramillete de brillantes que la Sra. Guadalupe Bros lleva en el pecho, y que representa una fortuna; detengámonos ante la graciosa Srita. Vigil, e inclinémonos, por último, frente a la bella Srita. Victoria Álvarez, una figura delicada, que exigiría para que el pincel la retratase, no colores, sino jugo de claveles.

Tal vez en esta rápida carrera he olvidado algún nombre. ¡Mil perdones! Estoy casi seguro –tal es mi desventura– que ese nombre será el de una mujer bella y elegante. Pero el *buffet* me aguarda, son las dos de la mañana y comienzo a sentir hambre y sed, no de justicia. Allí podremos ver a algunos amigos, como por ejemplo a Juan Palacios, que tiene un traje irreprochable de Trovador, tomado del que usa Tamberlick en el acto tercero; a Pancho Garay, de cable submarino, un traje pintoresco y que Pancho sabe llevar con gran soltura; a Octavio Baz, representando al Genaro de Lucrecia, con su pequeña y airosa gorra azul, su alto *maillot* y su capucha echada a la espalda; a Adrián Garay vestido magníficamente, y con verdadera propiedad, de pescador napolitano; a Manuel Rubin, con su valioso y elegante traje de Enrique de Albret, de terciopelo guinda acuchillado de raso; a Pepe Rubin vestido de paje, con su jubón azul y blanco, como esos pajes pintados por Van Dick; Javier Rubin hecho un completo guardia de Luis XV, con su peluca empolvada y su sombrero de tres picos; a Pepe Torres, de torero andaluz; a Gonzalo Obregón, de conde de Luna; a Ramon Prida, de aldeano; a Manuel Dublan, vestido de naipes, símbolo del demonio del juego; al simpático joven Prida, de Salamanquino; a Curberto Castellanos de D. Juan Tenorio; a Roberto Núñez, de Juan de Leyden: toda esa muchedumbre de disfraces, que no puedo recordar ahora, y que formaba conjunto tan gracioso, tan vario y tan vistoso. El Sr. Montúfar vestía un traje de Plutón. Bien como siempre. El Sr. Arroyo, secretario de la legación española, iba de beduino, de aquellos que barren con sus blancos alquiceles las salvajes arenas del desierto, como decía Monroy. Andrés Gutt estaba de africano. ¡Perfecto! Meyerbeer le hubiera concedido la mano de su africana.

¿Quién más...? ¡Quién más...? Ah! ya recuerdo...

Pomponet

(*El Cronista de México*, 9 de octubre de 1880, pp. 573-574)

Crónica humorística Memorias de un vago

La proximidad del día de los difuntos llena de tristeza indecible mi pobre ánimo. Creería profanar cobardemente la memoria de mis deudos que duermen bajo tierra, paseando por sus tumbas solitarias con la sonrisa del humorista en los alegres labios. *Oremos por los muertos!* como dice Quevedo en un drama de Chavero. Saldemos

hoy con ellos nuestra cuenta, para poder mañana reír y pasear alegremente. Dos veces en el año tengo la costumbre de arrancar a mi cuerpo el traje arlequinesco del cronista, hecho de abigarradas telas, crudamente coloridas: el Viernes Santo, el día de las tristezas, y el dos de Noviembre, el día de los recuerdos. Al aproximarse esos días dejo que duerman en el tintero la pluma retozona y casquivana que sirve para trazar esbozos de paseos y momentáneas fotografías de bailes. La tinta nacar se evapora en la cárcel estrecha del tintero, mientras recurro para humedecer mi pluma al ancho tarro en donde duerme esta pesada tinta, negra como el frac que llevé al último baile, como las nubes tempestuosas, como los ojos de la Srita. Mancini. Hablemos, pues, un poco de la muerte, ya que tantas veces hemos hablado de la vida.

*

* *

Hace algunos años –¡Como que yo tenía nada más doce!– al pardear la tarde de un nebuloso día de invierno, después de ponerme el vestido de los días en que repican recio, y tomar de la biblioteca de mi padre un volumen que acostumbraba llevar bajo del brazo, sin más guía que mi capricho ni otro deseo que el de respirar aire más libre, salí a recorrer algunas calles lleno de indecible y purísimo alborozo. Aquella tarde había bendecido Dios mi hogar con un nuevo ángel, y el regocijo que llenaba mi casa alegraba, como un canto de pájaros, mi corazón todavía tierno. Yo no tenía amigos; todos mis afectos se encerraban en el círculo de la familia, y la vulgar expansión que todos tienen con sus compañeros, me era completamente desconocida. Fuera de los libros que leía con avidez constante, para mí no hubo nunca otro entretenimiento tan sabroso como el de pasar la velada oyendo las leyendas que mi buen padre me contaba y dejando que a su sabor revoloteara mi pobre fantasía, a semejanza de esas aves que aún no confían en la fuerza de sus alas y ensayan los primeros vuelos sin atreverse a perder de vista el tibio nido. Este humor huraño y este apocamiento de mi espíritu, contribuyeron grandemente a hacerme soñador y reflexivo. Desde niño y por culpa tal vez de mi afición a la lectura, el tropel de las ambiciones, esos buitres que tantos roen más tarde el alma, comenzó a danzar en torno mío. Recuerdo con qué íntima admiración miraba yo a los hombres que por aquel entonces se distinguían en la política y en las letras y que por las relaciones sociales de mi padre hubieron de tratar muy a menudo. ¡Cómo habría yo deseado vivir de su vida y participar de sus agitaciones! ¡Cuán feliz hubiera sido si alguien pudiera haberme asegurado entonces que algún día esta azarosa lucha de la prensa llegaría a contarme entre sus lidiadores! Desde entonces, el ahínco de la gloria comenzó a espolear mi ánimo. Estas ambiciones prematuras son siempre dañosas.

Aquella tarde de que hablé en el comienzo de mi artículo, tiene un gran simbolismo en mis recuerdos. Vagaba yo por apartadas calles, entregado por completo a mi absurdo pensamiento, si es que pensar puede llamarse ese estado de ánimo que sueña, sin saberlo, en el primer período de la vida. Caía una lluvia menuda: dos cosas me han entristecido siempre, ver llover y ver llorar a un niño. Dios sabe por qué, aquel regocijo mío fuese transformado en una pálida tristeza. Ello es que al torcer una esquina, mis ojos tropezaron con un cortejo fúnebre que iba al cementerio. Yo había presenciado mil veces un espectáculo como ese; la muerte y yo éramos antiguos conocidos. Pero nunca como en aquella tarde, nunca como en aquel

momento, ora fuese por la disposición de mi ánimo, ora por una de esas revelaciones repentinas que atraviesan como relámpagos el entendimiento; nunca, digo, vi con tal precisión y claridad la idea desgarradora de la muerte.

Pregunté, y supe que el finado era un joven; tenía diez y nueve años. ¡Cuántas esperanzas ya marchitas cuando apenas principiaban a florecer! Ese joven tendría una madre tan amorosa, tan tierna como la mía; como yo, más que yo, acariciaría doradas ambiciones; tal vez soñaba con el amor, acaso con la gloria! Y en un momento la muerte tocó a sus puertas, se sentó en su hogar; huésped extraño, su primer saludo fue un sollozo, y aquellos sueños, aquellas ambiciones se desvanecieron, el cerebro no tuvo ya calor bastante para dar vida a sus pensamientos entumidos, y el corazón cesó de latir súbitamente, como si la sangre se resistiera a continuar siendo su esclava! Entonces recordé la alegría de mi hogar; la cuna en que descansaba el recién nacido, sus débiles vagidos, esa existencia raquílica que comenzaba, y al pensar en ello, el tremendo contraste de la vida con la muerte se vino aterrador a mi naciente entendimiento. El cortejo fúnebre se iba alejando; apenas se divisaban los últimos carruajes, yo me quedé a solas conmigo mismo, y ante ese terrible cuadro de la muerte, murmuré con voz baja, muy baja, casi imperceptible:

—¡Qué triste es la vida!

*
* *

Han cambiado los tiempos. Ya no me alborota ponerme el traje de los días en que repican recio, ni me arrodillo con mudo asombro ante los prohombres de la vida pública. Tengo cuatro o cinco amigos a lo sumo; pero en cambio conozco a todo el mundo. Sé la vida y milagros de todo hijo de vecino. Aquél me llama hijo; este, hermano; ese otro, compañero. Uno se lleva mis libros, otros mis tabacos, el de más allá mi dinero. No puedo quejarme. La mayor parte de mis aspiraciones se han cumplido. Conozco a todos los escritores, hablo con todos los artistas. He descubierto el secreto de muchas reputaciones y el misterio de la fortuna política. He tomado la pluma del periodista, y esa pluma, pegajosa y terca, se empeña en no soltarse de mis dedos. Me han insultado y he insultado. Confundido en las filas, como un advenedizo audaz y sin merecimientos, me he mezclado en esta lucha reñidísima de las pasiones. Escribo en los periódicos, disputo en los corrillos, disertó en el Liceo; suelo almorzar con aquellos hombres que antes me parecían casi divinos, conozco los misterios de los bastidores, veo de cerca la urdimbre de las Cámaras, presumo de político incipiente... ¡Cuánto oropel! ¡Cuánta hojarasca! ¡Cuánto colorete!

Y sin embargo, en medio de estas turbulencias, de esta agitación, de este bullicio, cuando vuelvo a casa con una verdad más, esto es, con una ilusión menos, me parece que el entierro aquel que presencié cuando pequeño, vuelve a desfilar ante mis ojos, y como aquella tarde, vuelvo a decir para mis adentros: ¡Qué triste es la vida! Sí, ¡qué triste es la vida! Ya voy viendo cómo la muerte, la fría muerte, no es nada más la que duerme encerrada tras las rejas enmohecidas de los camposantos. No, la muerte es la hermana de la vida. Camina a nuestro lado, se sienta a nuestra mesa, vela cuando dormimos; si nos ponemos en movimiento, es nuestra sombra; si hablamos, nuestro eco. Todo se va muriendo en torno nuestro, como las hojas del árbol en Diciembre; y cuando ya nada nos queda de esas ilusiones que abrigábamos,

sentimos frío, mucho frío, tanto, que hasta la vida se aleja de nuestro ser para no helarse. Cada placer es hijo de un dolor. Los seres que vienen viven a costa de los que van de retirada. La vida es un gran libro: leemos en él muchas páginas que nos arrancan lágrimas, hallamos por fin la página de la felicidad; pero apenas la hemos recorrido con los ojos, viene el dedo del tiempo, voltea la hoja y es imposible que podamos volver a contemplarla.

La vida se va alejando poco a poco de nosotros. Morimos con cada ilusión que se nos va, con cada mujer que nos vende por un puñado de oro, con cada amigo que nos burla y nos explota. A lo mejor, volvemos la mirada a nuestro propio ser, y sentimos idéntica amargura a la de la niña cariñosa que al abrir una mañana la jaula, pendiente del balcón, para dar de comer a los canarios, se halla con que ya todos han huido dejando abierta la dorada reja. El corazón está vacío de ilusiones: esto equivale a decir: la jaula está vacía de pájaros.

Usted, marquesa, tiene la vanidad de sus cabellos rubios, la vanidad de su rosado cutis, la vanidad de su garganta láctea: pues la muerte se irá apoderando paulatinamente de todo eso, y usted irá muriendo desde que la primera cana, como un hilo de nieve caído en una espiga, asome en su cabeza, desde que la primera arruga rompa la tersa unidad de vuestra frente. Tendrá vd. entonces que retirarse del baile cuando promedie apenas, y que esconder sus hombros bajo el doble abrigo del terciopelo y el armiño. Los almohadones del landó ya no serán bastante muelles para vuestro cansancio y vuestro hastío. ¡Qué heladas son las ráfagas de invierno! ¡Qué tristes son las noches de Diciembre! Pues ese hielo, esa tristeza, esa primera cana, esa imprudente arruga, son la vida que se va, la muerte que se acerca. Los últimos momentos, la agonía, no son más que la súbita ruptura del alma con el cuerpo. Pero la muerte, la verdadera muerte, es la hermana gemela de la vida. Apenas hemos vivido, cuando ya comenzamos a morir. Cada año que pasa, va llevando consigo algún fragmento de nuestro propio ser. La nieve se apodera parcialmente de nosotros. Primero, vemos de lejos el mundo, como los niños que asisten por primera vez al teatro miran las decoraciones. Aquel es un castillo tallado de granito. Aquel otro un palacio. El de más allá es un templo. Luego subimos al tablado, corremos entre los bastidores, y tocando con las inquietas manos los telones, vemos que este palacio, ese castillo y aquel templo no son más que diversos trozos de cartón pintado, que agujerea la presión de nuestro dedo.

El tiempo que transcurre entre la creencia en la mentira y el conocimiento de la verdad, se llama vida.

Luego, tomamos cuerdamente la existencia. La vida es un viaje. Entonces, nos acomodamos lo mejor posible en el wagon [sic] para pasar la noche, cuidando de que no entre por el abierto ventanillo un soplo de aire. Para matar el tiempo, emprendemos alguna conversación insustancial con el viajero que está más cerca de nosotros. Si una mujer bonita ocupa el sillón que está frontero al nuestro, la miraremos. Pero todo de prisa, todo al vuelo, como quien va seguro de que su amigo improvisado se bajará en la primera estación para marchar a su destino, y de que la novia de cinco minutos seguirá viajando cuando nosotros quedemos en el paradero. El viaje no es muy largo, y muchos ven su término con susto. ¿Por qué? Porque no llevan nada en la maleta.

*
* *

Los que deben traer su maleta bien provista son los parisienses que vendrán a México dentro de dos meses, formando una compañía de ópera bufa. Séquense ustedes las lágrimas que hayan derramado al leer mi crónica de sepulturero y abran bien los ojos para leer los nombres de los artistas que se proponen visitarlos. De la muerte demos un salto a la vida, y a la vida más turbulenta y bulliciosa que pudiera darse. De estos contrastes está lleno el mundo y las óperas de Verdi.

La compañía francesa dará comienzo a sus funciones en el Teatro Nacional el día 1º del año entrante. El empresario Mauricio Grau, el gran duque de los empresarios. He aquí el menu para los ojos y el menú para los oídos: la lista de las mujeres, cuya belleza o fealdad admiraremos, y la lista de las obras que se proponen representar durante la temporada:

Sritas. Paola Marié, Josephine Schaeffer, Cecile Gregoire, Pauline Marté, Felice Dalorme, Marié Vallot, Octavie Choquet, Marguerite Armand, Marié Vandamme, Louise Dupare, Amelie Bazin, Blanche, Ruffino, Malvina Hermmann, Blainville, Camille Estradère, Berthe Elsasser, Celine, Cartier, Lucienne, Saygaud.

Sres. Clement Nigri, F. Tauffenberger, Alphonse Bernard, E. Duplau, E. Mezieres, A. Poyard, M. Vilano, E. Vinchón, Terrance, A. Perret, D. Percet, Millet, Leclere, Borel, Gerard, Marchad, Musso, Rufino, Cartier, Mauriez, Thuillart, Milano y Joseph Mauras, tenor principal de la Opera Comique, en París, y del Teatro Balloccour, Lyons.

Durante la temporada, se representarán las siguientes operetas de Offenbach:

La fille de tambour-major, Madame Favart, Barbe Blene, La Belle Helene, Le Grande Duchesse, La Périchole, Orphee aux enfers, La vie parisienne, La princesse de Trebizonde, La Jolie Parfumense, La Bontangère a des acus, Les Brigands.

De Lecoq:

Le Petit Duc, La Camargo, Le Grand Casimir, F. Marjolaine, La fille de Madame Angot, Girofle-Girofla, La petite Mariée, Les Cents Vierges.

Y las siguientes de varios autores:

Les Cloches de Croneville, Planquette.

Le Petit, Faust, Hervé.

L'œil Grevé, ídem.

Babiole, De Rille.

Repertorio de las óperas cómicas que representarán:

Mignon, A. Thomas.

Carmen, Bizet.

Le Préhuxcleres, Herold.

Le Postillon de Lonjumeau, A. Adam.

Paul et Virginie, Massé.

Próximamente haré en mi crónica una semblanza de la prima donna Paola Marié. Las mujeres hermosas tienen dos juventudes: la de la crisalida y la de la mariposa; la de los quince y la de los treinta años. Paola está en la segunda juventud.

M. Can-Can

(*El Cronista de México*, 30 de octubre de 1880, pp. 621-622)

Crónica humorística Memorias de un vago

El 2 de Noviembre, bien considerado, más que la fiesta de las calaveras, es sin duda la fiesta de los calaveras. Es uno de los pocos días en que los vagos ejercemos nuestra profesión decentemente. Como un general pasa revista a sus ejércitos, nosotros pasamos revista a las mujeres. Una a una y dos a dos, van desfilando ante nosotros. Pero ¡ay! en esta revista no acontece nunca lo que en las revistas militares: el soldado presenta cada mes sus mismas armas; la mujer va perdiendo una cada año. Las armas de la mujer son los ojos, los labios, y las manos. Los ojos con que provoca, los labios con que emprende el tiroteo y la mano que da en señal de alianza. Esta capitulación se firma siempre en la sacristía. A primera vista, el hombre cree a ciencia cierta que la mujer es la que se ha rendido. Nada más erróneo. *¡Væ victoribus!* La mujer es la vencedora y el hombre el vencido.

Con estas tres armas: con los ojos, esto es, las armas de acero; las manos, esto es, la infantería; y los labios, o sea la artillería, la mujer lleva a cabo sus napoleónicas conquistas. Pero, como decía algunas líneas más arriba, cada año, en la revista de las grandes solemnidades, se consigna la pérdida tristísima de alguna de estas armas. La mujer no las pierde por completo: no todas están obligadas a quedarse tuertas, mancas, o mudas en un año. Pero el tiempo toma de orín la bayoneta de una mirada, y apaga la mecha de esa ametralladora que se llama boca. Para aquéllas que llegan a este estado antes de hacer la conquista de Granada, no queda otro recurso que emprender la campaña de Rusia. En esta campaña salen siempre derrotadas. La nieve las circunda por todas partes, y por un espejismo natural parece como que se refleja en sus cabellos. Para los soldados reducidos a esta extremidad, queda el cuartel de inválidos; para las mujeres, la anti-sacristía en que las viejas solteras visten a los santos.

A una mujer que llegando a cierta edad no se ha casado, le pasa lo que al estudiante reprobado en su último año. El estudiante, sin embargo, puede estudiar más y presentarse a nuevo exámen con probabilidades de buen éxito; pero la mujer, a cada exámen nuevo que presenta lleva en su contra algún detalle más, una pata de gallo o una cana. Para las canas hay un remedio: la tintura; para las arrugas no hay más recurso que resignarse.

*

* *

En estos días de gran parada mujeril, he examinado, más que en otras veces, los ultrajes de los años. Muchos rostros que, gracias al cold-crean engañaban todavía hace doce meses, han tenido, en fin de cuentas, que mostrarse tal cual son. Como el comerciante que ve venir la bancarrota y quiere conjurarla buscando un alzamiento de su crédito por medio de festejos y de lujo, las mujeres, conforme va haciendo estragos en su rostro el tiempo, quieren ocultar su desgracia con afeites y tinturas. Pero el tiempo, ese gran impertinente, sigue su carrera, y el comerciante se presenta en quiebra como el rostro de la mujer se exhibe al fin afeado. La vejez, el amor y el dinero no pueden nunca estar ocultos.

Para este género de damas, la luz eléctrica que iba a colocarse en el salón del Zócalo, hubiera sido una desgracia enorme. Hay muchas cosas para las que son propicias las tinieblas: entre ellas el crimen, la vejez y los tacones torridos. La luz para ciertos casos hace el mismo efecto que la primera libranza protestada a un comerciante. Por fortuna, las promesas lumínicas del ayuntamiento no se han cumplido todavía, y el salón,—así lo llama Bejarano— sólo recibe luz de las bujías, de los faroles venecianos y de los ojos negros de la señorita X. En los primeros días de fiesta, la concurrencia que hubo en el salón fue extraordinaria. Apenas podía darse un paso sin enredar la falda de algún traje. Los hombres galantes no fumaban, temerosos de arrojar una bocanada de humo al rostro de una dama. El novio perdía de vista a la novia, y desesperado, giraba como una rueda de fuegos artificiales, sin hallarla. ¡Cuántas manos se estrecharon cariñosamente, al paso, protegidas por el tumulto y confusión de aquella muchedumbre! ¡Cuántos billetes perfumados se cambiaron a hurtadillas de los padres. Los maridos celosos y los padres ariscos no debían llevar a sus mujeres y a sus hijas al jardín del Zócalo.

Fulcheri, de frac y de corbata blanca, da la voz de mando en el café al numeroso ejército de sus mozos. Los alemanes vacían a cientos las botellas de cerveza. Yo creo que los prusianos usan casco para parecerse en algo a la cerveza. Un alemán me ha dicho que la cerveza es la bebida más antigua. Yo, con perdón de Bismark, no lo creo así; porque si la cerveza se hubiera conocido cuando fué crucificado el Hombre-Dios, en vez de hiel y vinagre, le dan un vaso de Blackmore.

De todos modos, Fulcheri debe haber ganado algunos pesos en la fiesta de Noviembre. Como hay una corrección gregoriana para el calendario, habrá dentro de poco una corrección fulcheriana. Conforme a esta reforma, el mes de Agosto se trasladará a Noviembre.

*
* *

Los que también hacen su Agosto son los inundados. El agua les llega al cuello, pero ya van saliendo de ella. Conozco a un individuo que citado ante los tribunales por un delito común, y requerido por el juez para que manifestase cuál era su profesión, contestó muy seriamente: Yo soy inundado. Hablando con franqueza, la mayor de las fortunas que puede acontercernos es que un ciclón venga sobre nosotros e inunde hasta las azoteas de nuestras casas. Es el único medio de llamar la compasión pública. Un hombre que ha tenido la suerte de que esto le acontezca ya puede estar tranquilo. El mejor día, al tomar un baño, abre a propósito las llaves para inundar el cuarto, a ver si por ese camino logra alguna parte de los productos líquidos de suscripciones [sic] y paseos. Para mañana, por ejemplo, se ha organizado un gran concierto en el salón famoso de la plaza. Estoy seguro de que van a faltar boletos. Es un festival espléndido en el que por fortuna, no se tocará, según parece, música clásica. Siempre que veo anunciado un festival, recuerdo aquellos festivales célebres del conservatorio: sobre todo, me viene a la memoria aquella *fuga* en la que enternecía a Bablot y hacía correr a los espectadores. La música clásica —¡perdóneme Balderas la blasfemia!— es uno de los mejores narcóticos que pueden propinarse. Todos la admiran precisamente porque no la entienden. Fuera del círculo reducidísimo de inteligentes que pueden saborear sus recónditas bellezas, no es humanamente posible que

haya alguna a quien no arrulle y adormezcan a modo de una canción monótona de esas que la cunera canta al niño. Pero los profanos, que desean pasar por artistas entendidos, se deshacen en elogios del clasicismo musical, como del clasicismo literario.

Yo lo digo sin embozo: no entiendo una palabra de los cuartetos del Conservatorio, ni de las sátiras de Persio. Prefiero villanamente a todo esto, la polka del Invierno en la “Redoma” y los boletines humorísticos de Trim.

*

* *

La polka del Invierno trae a mi memoria el baile verificado el día último de Octubre en el bosque de Chapultepec. Los organizadores de la fiesta fueron los Sres. Felipe Iturbe, Eduardo Rincón, Guillermo Landa, José Cuevas, Wenceslao Rubio, Fernando Camacho, José Mena, Fernando Rubio y otros muchos. A las dos de la tarde se dio comienzo al coleadero. A poca distancia del rancho de la Hormiga, se había construido un gran tablado para los espectadores. El carril donde se coleaba era, según los inteligentes, demasiado corto y demasiado angosto. Los coleadores no tenían a veces espacio suficiente para alcanzar al toro y estaban en peligro de estrellarse contra las vallas de madera. A pesar de esos inconvenientes, todos los que tomaron parte en este coleadero, y más especialmente los Sres. Indalecio Sánchez, Dosamantes, Eduardo Kern, y Luis Lagarde, lucieron su habilidad y su destreza.

Concluido el coleadero, los invitados subieron al castillo de Chapultepec. En los corredores se habían improvisado algunas salas, defendidas del aire por medio de grandes cortinas. A las cinco de la tarde empezó el baile. Allí pude mirar a las Sras. Idaróff de Iturbe, Terreros de Rincón, Zayas de Guzmán, de Mariscal, de Braniff, de Camarena, Castañeda de Espinosa, Quintana de Goríbar, Manso de García Teruel, Cuevas de Esteva, Cuevas de Portilla, Vértiz de Cortina, Ruiz de Esteva, de Bourgeaud; Comis de Sierra, Silva de Garay, Nájera de Portilla, Rivas de Adalid, Lebrija de Hammeken, Veraza de Vallejo, Sanromán de Rubio, y a las Sritas. García Teruel, Catalina Cuevas, Cervantes, Teresa Campero, Guadalupe Garay, Zamacona, Elena Fuentes, Esther Guzman, Carmen Rubio, Bros, Sevilla, Nájera, Formento, Osio, María Luisa Duclós, María Bejarano, Escalante, Kern, Cristina Cortina, Guadalupe Rondero, Ana Badillo, Martínez del Río, Martínez de la Torre, Sara Vivanco, Guadalupe Caballero, Azpe, Guadalupe Camacho, Hagembeck, Celsa Zaldívar, Luz Lezama, Pimentel, María Mariana, Lizardi de la Fuente. Icaza, Virginia Álvarez, Ruiz, Plowes, Veraza y algunas otras cuyos nombres no recuerdo.

La fiesta estuvo animadísima y se prolongó hasta la media noche. En uno de los corredores se había colocado una gran mesa, para el buffet, servida por Recamier. El menu fue el siguiente:

HORS D'ŒUVRE.

Variantes: Olives farcies.—Radis.—Cornichons Beurre. —Champignons.

POTAGE.

Consomé a la Royale. —Soupe a la Cantiniérs.

RELEVES.

Aloyan da Bœuf a la Renaissance. —Poiasens a la Daumont.

ENTREES.

Poulet a la Financière. —Filets de chevreuil mariné. —Vol-aux-vents de homard.
—Cotelettes purée de marrons.

RÔTS.

Asperges. —Petits pois an beurre. —Pommes de terre en robe de chambre.

ENTREMETS.

Bavaroises chocolat. —Charlotte Russe. —Bombe glaceé. —Fruits divers. —

CAFE. THE.

Por desgracia los amables organizadores de la fiesta contaron sin la huésped. Aquí la huésped fue el viento. Si hubiera justicia en México, el artículo 33 de nuestra constitución política, debió haberse aplicado aquella noche a ese extranjero, notoriamente pernicioso, que se llama el aire.

M. Can-Can

(*El Cronista de México*, 6 de Noviembre de 1880, pp. 636-637)

Crónica humorística Memorias de un vago

Diciembre 10 de 1880

Ayer lo he leído en un periódico y no he vacilado en creerlo a pie juntillas: el progreso literario es un hecho. ¿Quién nos tose ahora? Supongo a mis lectores sobrado inteligentes, y, por ende, no me detendré en patentizarles esta verdad, que, como quien dice, canta el Credo: estamos en la Atenas de América. Tenemos una prensa, corifeo de la civilización, encomendada de vocear a diestro y siniestro nuestras glorias; mal que pese a la crítica, crece como la espuma nuestro teatro; tropezamos con un Calderón al volver de cada esquina, y es fama que ya alguno se ha encontrado con un Shakespeare al comer un platillo de lentejas. ¡Líbreme Dios de poner en tela de juicio ciertas verdades! Lope de Vega, aquel famoso fénix que no ha incurrido hasta hoy en el delito de renacer de sus cenizas, se vería apuradillo en los calamitosos tiempos que corremos, para escribir, como antes escribía, *El Laurel de Apolo*. Los trabajos del capitán Cooke, serían miel sobre hojuelas, comparados con los que pasaría Cervantes si volviera a nacer, y si tuviera, para desdicha suya, la humorada de emprender un nuevo *Viaje al Parnaso*. ¡Y cuenta que hoy tenemos las locomotoras, avechuchos enteramente desconocidos en los tiempos del manco de Lepanto! El Olimpo se ha convertido en una gran casa de vecindad. La industria ha hecho de la fuente Castalia una casa de baños, y el Pegaso se ha multiplicado de tal suerte que no es difícil hallar a algunos de sus vástagos tirando de los coches alquilones. En

cuanto a las Musas, hay quien afirma que las buenas señoras profesan la libertad del comercio de una manera no prevista por los sabios.

Yo creo que sería muy oportuno el formar un escalafón de literatos, lo cual, entre otras ventajas, nos traería la de averiguar si existe alguna gloria nacional en nuestra servidumbre. Sería muy de sentirse que tuviéramos a un Cicerón o a un Quinto García de portero. ¡Vaya vd. a saber si el mozo que da betún a sus botas es un Píndaro! Francamente hablando, yo de ninguna suerte quiero hacerme reo de tan enorme crimen literario. Es indispensable saber a punto fijo cuántos sabios somos. Una estadística como ésta sería fecunda en resultados utilísimos sobre todo para darnos a conocer en los mercados extranjeros. ¿Quién sabe si nacería de allí una nueva industria: la exportación de glorias nacionales? Muy formalmente llamo la atención de la secretaría de Fomento acerca de este importantísimo proyecto. Más aún, me atrevo a proponer la formación de una tarifa, formulada poco más o menos de este modo:

Un arqueólogo.....	Cien duros
Un historiador.....	Ochenta idem
Un filósofo.....	Cincuenta idem
Un sabio suelto.....	Veinticinco idem
Un crítico.....	Veinte reales.
Un Shakespeare.....	Un peso
Un Cervantes.....	Siete reales.
Un Saint Beuve.....	Real y medio
Un Espronceda.....	Medio.
Poetas incomprensidos.	Pueden darse como ganancia a los compradores por mayor.
Periodistas.....	Al peso

*

* *

Esta exportación, en alta escala, sería incuestionablemente provechosa. Por lo menos dejaría a disposición del público que asiste a los teatros ciento noventa y nueve lunetas, ocupadas hoy por la centésima parte de nuestros literatos, merced al derecho divino de las Musas. También ganarían no poco en ello las alfombras de los ministros, de continuo holladas por las no muy correctas botas de nuestros maravillosos escritores, que trasegando cartas y papeles, bajando y subiendo escaleras, con el ala del sombrero hecha una lástima a fuerza de saludar a todo el mundo, andan al husmo de un empleillo de cincuenta duros, no sin alegar previamente, con no pequeño acopio de razones, el estricto deber que aconseja a todo gobernante la protección sin límites de la literatura. Hablando en plata, la cosa no puede ser más lógica. ¿A dónde a parar si el gobierno no protegiera a los poetas? Yo tengo por muy pertinente y acertado el pensamiento de cierto amigo mío, literato extremado, por supuesto, acerca de la renta vitalicia que debe disfrutar todo poeta. Puesto en razón está, evidentemente, que el gobierno nombre una junta calificadora de poetas, y que se asignen dos millonejos en el presupuesto para la manutención de nuestros escritores. Nada: los derechos del hombre son la conquista más preciosa del progreso, y no habrá, supongo yo, quien niegue que el derecho a comer es un derecho

inalienable. La mesa libre en el Estado libre: he aquí la fórmula sintética de la democracia.

Platón desterraba de su república ideal a los poetas. A poner en práctica esa idea, México perdería en población un diez por ciento. ¡Qué quiere vd! ¡cosas del clima! En el país privilegiado en que vivimos, el que menos corre, vuela, y hay no pocos más listos que Cardona. El barbilampiño mozalbete que aún debiera estudiar menores en las aulas, endereza larga cáfila de endechas a la favorecida dueña de sus pensamientos. El mal aconsejado artesano, huyendo de los talleres en que debía ganar, a costa de trabajos y sudores, el pan de su familia, diserta a más y mejor en gremios socialistas acerca del derecho al trabajo, de la división de las riquezas, etc., siendo así que tanto entiende nuestro hombre de achaques económicos, como de caballería y heráldica entendía al famoso escudero Quixano. Acullá el oficinista perezoso, que defrauda el dinero del erario, ocupándose sólo en la lectura de enfadosas novelas y cuentos sobrado poderosos a enrojecer al rostro más barbado, en vez de coser un expediente o condimentar algún oficio, zurce, estrofa tras estrofa, un ditirambo ultra patriótico, muy lleno de quejumbres y anatemas, pero escueto de ideas y de bellezas.

El demonio de la poesía se ha apoderado de nosotros. Si Diógenes hubiera tenido la fortuna de venir al mundo en esta época, tengo por seguro que en vez de andar en busca de un hombre, como ántes iba, armado de su linterna, echaríase a caminar por esos mundos en busca de un hombre que no fuera poeta. Dicho se queda que para ser tenido por un genio, no hay cosa como dar de mano los preceptos y andar al husmo de palabras huecas y sonoras, para ensartarlas luego, vengan o no vengan a colación, en cualquier parte. Hemos proclamado todas las libertades, hasta la libertad en la gramática.

La vulgarización es uno de los signos más característicos de nuestro siglo. Nuestras instituciones liberales no permiten ni toleran los estancos, y por ende, los sabios han caído. La sabiduría se propina en dosis homeopáticas. Nos falta tiempo y paciencia para allegar la suma de los conocimientos necesarios para el completo entendimiento de una ciencia; pero, en cambio, sabemos de todo un poco, echamos nuestro gato a retozar en el revuelto *maremagnum* de la sabiduría. Un sastre puede improvisar un caballero; un manual enciclopédico improvisa un sabio. Los cafés cantantes son la vulgarización de la música; los *cromos*, la vulgarización de la pintura. Cuando leo una obra de Figuiet me parece mirar este lema en la portada:

LA CIENCIA
Espectáculo por tandas.

Minerva ha abierto de par en par las puertas de su templo, y no tenemos ya necesidad del hierofante para entender los misteriosos ritos. Julio Verne, ese Masdeu de la ciencia, se ha encargado de allanarnos el camino dándonos la sabiduría por dos pesetas. La literatura al alcance de todos es una de las más cómodas reformas que conozco.

—Yo soy de la madera de que se hacen los generales decía un ambicioso a Napoleón el Grande.

–Tendré a vd. presente cuando haga generales de madera– contestó el César.

Yo tengo para mí que, entre nosotros, existen muchos sabios de *madera*. A propósito: voy a prevenir una objeción que puede hacerme:

Luis Veillot, el bilioso redactor de “L’Univers” había lanzado desde un trípode de periodista, el anatema sobre los autores de la revolución de ochenta y nueve. Leyó Hebri de Rochefort aquellas líneas, y a renglón seguido contestó a Luis Veillot estas palabras:

–¡Ha olvidado vd., señor mío que, sin esa canalla que maldice, en vez de escribir como ahora escribe artículos contra la democracia, estaría vd. sirviéndome de palafrenero, como sus abuelos sirvieron a los míos!

La anécdota es original. ¿Hay por ahí alguno que desee aplicársela?

*

* *

Ayer recibí una visita bien extraña, y que como de molde viene para ocupar algunas líneas de mi artículo.

Era mi visitante un vejete avellanado, sucio, pobre en cabellos si rico en arrugas, no muy alto aunque tampoco bajo, de nariz chata, ojos verdosos, en suma, un delicioso tipo digno como pocos de ser eternizado por el diestro lápiz de Gavarani.

–Caballero– díjome el mi hombre después de los saludos de etiqueta– yo... yo, tengo un hijo.

–Sea por muchos años.

–No le diré a vd. que mi hijo es una maravilla ni un prodigio; pero lo que sí puedo

formalmente asegurarle, es que mi retoño vale mil veces más con todo y el atolondramiento propio de sus diez y ocho mayos, que muchos de esos eruditos a la violeta, sabios trashumantes, que tan empingorotados se nos muestran. Al principio pensé hacer a mi hijo coronel; pero, ¡vaya vd. a contrariar sus inclinaciones! Hásele metido ya entre ceja y ceja que ha nacido para zurcir quartetas y quintillas, y en vista de eso quiero que se encargue vd. de hacerlo un gran poeta... ¡Nada! no me replique vd. una palabra. Será un discípulo que dé a vd. muchísima honra.

–Caballero, yo creo que el hijo de vd. ha errado la vocación de medio a medio. ¡Si supiera vd. qué penosa es la carrera a que vd. ha pensado dedicarlo! los *grandes poetas* se devoran entre sí: ya se ve ¡hay tantos! ¿Quiere vd. oír un buen consejo? Vuelva a su proyecto antiguo, enganche a su hijo en el regimiento aquél de que me hablaba.....

–¿De que regimiento?

–¡Es claro! ¡el regimiento de los coroneles!

Excusado es decir que el buen sujeto no me perdonará nunca mi franqueza.

M. Can-Can

(*El Cronista de México*, 11 de diciembre de 1880, pp. 716-718)

Crónica humorística Memorias de un vago

Diciembre 23 de 1880

La Navidad con voz aguardentosa, llama a la dócil puerta del estómago. Los aparadores ostentan detrás de los cristales, empañados por el frío, todas las obras maestras de la glotonería. El severo jamón, con gravedad de hombre político, se pavonea al lado de los eternos salchichones, envueltos en su funda plateada, como los ricos egoístas y los tabacos de La Habana. El pavo, atravesado por un puñal luciente, abre su pico inmóvil pidiendo misericordia. Los chorizos se juntan, atados como galeotes, y formando collares pantagruélicos, excitan los apetitos más rehacios. El gas alumbrá con su luz descocada e insolente las pilastras y torres de lustrosas latas, anchas y angostas, oblongas y cuadradas, todas resplandecientes como el acero bruñido, y reflejando la llama tranquila de los quemadores. Por entre la marañas y guedejas del heno mal peinado, cuelgan cuerpos de azúcar y ángeles de caramelo. Las cajas de galletas abiertas con malicia, dejan ver sus hileras color de oro. Pendientes de las ramas puestas en el aparador figurando árboles, danzan alegremente las pequeñas canastas de nervioso mimbre o de cabellos argentinos. Adentro, tras el gran mostrador siempre ocupado, los dependientes, con la chaqueta negra abotonada, se multiplican destapando botes, abriendo cajas y cortando quesos. Sobre aquel círculo inmenso, forrado de latón, descansa un queso suizo, respirando glotonería por cada uno de sus mil ojuelos. Las botellas, escalonadas como batallones de prusianos, con sus cascos plateados y amarillos, preparan el ataque en pelotones. Allí descubro el *Chateau-Larose*, carmíneo como las ardientes mejillas de la Srita. P...; el Johannisberg, fluido y transparente; el finchado O'porto, que da la petulancia, y el verdoso Rhin, que da el amor. ¡Paso a los coraceros! El Champagne, aparatoso y fatuo, como buen francés, lleno de condecoraciones y dorados, cautiva los ojos con su lujo aristocrático. Las bodegas del Marne se han vaciado para llenar esos escaparates. Ahí están las botellas alemanas, con sus cuellos de caballos de carrera, largos y flacos, hechos para el uso de las grullas y de los berlineses; las botellas francesas, coquetas y relucientes, con trajes de amazona y sombrerillos de lofofóros; los grandes vinos españoles, los grandes señores de los vinos, altivos y severos, como nobles castellanos delante de su rey; las cosechas de Andalucía, los líquidos transparentes que tiene un átomo de sol en cada gota; los tarros de coñac, los barriles de Bordeos, con la bronceada espita abierta y derramando el generoso líquido en las botellas de verdinegro vidrio; el ajeno, color de océano, y la chartreuse, color de ámbar; toda la interminable descendencia de la uva, toda la tumultuosa variedad de vinos acecha al comprador parapetados [sic] en los escaparates; y las botellas, altas y chaparras, gruesas y delgadas, adustas y coquetas, airoas y desgarradas, provocan y llaman a los glotones transeúntes, con el descaró de una turba de loretas tirando de la levita al extranjero que pasa a media noche por los boulevares.

La mar, la eterna esclava envía diariamente a nuestras fondas gruesas de ostras y cargamento de pescado. El huachinango, abierto por mitad, muestra su blancura láctea y su carne de camelia. El pámpano se sonroja detrás de las vidrieras. Los caracoles se juntan al camarón rojizo. Y junto a estos criollos de la mar, asoman, siempre altivos, los pescados extranjeros, el Salmón, la Langosta, el Meckerel, el Maquereau, el Calomar y la Lamprea, en promiscuo ayuntamiento con el jamón endiablado y el jamón en pasta, el Turkey y el Chiken, el Beef Touque y el Paté de foie gras, las aceitunas, los pickles, las anchoas.

Los pasteleros no se dan punto de descanso. El horno constantemente encendido, tuesta con sus besos de fuego la obediente masa. Una dorada y apetitosa costra rodea las grandes empanadas rellenas de jamon o de sardina. La viuda Genin encarcela en los aparadores de cristales grandes ejércitos de pasteles todavía calientes, y cada vez que levanta su cubierta, sube de aquella masa un humo tenue que acaricia los olfatos lerdistas de los parroquianos. Messer vende bombones a carretadas. Zepeda vacía sus bodegas para abastecer a los clientes. Acabo de ver, de pié junto a un aparador, a un pobre viejo, que tiritando de frío, con las manos ocultas en los bolsillos del pantalón, prendido con un alfiler el cuello del raído saco, y calado el grasiento sombrero hasta los ojos, contemplaba con tristeza, mezclada de codicia, la sana rubicundez de los jamones y la blancura aristocrática de los pescados. Pobre viejo! Estaba cenando mentalmente! Sus ojos, resplandecientes de glotonería, hubieran devorado hasta la velas de esperma que danzaban en el aparador, pendientes de las ramas! Bien se ve que esta noche es Noche Buena.

*

* *

¿En dónde iré a tomar la sopa de almendra? Las nueve noches de posadas han transcurrido para mí monótonas y tristes. He visto muchos cohetes en el aire, muchos canastos, cargados de provisiones, en las calles, muchos balcones iluminados y muchas sombras bailando tras de las persianas. Pero los profanos estamos excluidos de esas fiestas de familia. Las casas más hospitalarias han tapiado sus puertas, prohibiéndonos la entrada. No ha habido más remedio que ir a refugiarse en algún teatro, pensando en la ópera bufa que llegará dentro de pocos días, o esperar a que suene la media noche, bostezando en los billares desiertos de Iturbide.

Unos cuantos americanos juegan muy gravemente al pokart en aquella mesa. Tres hombres políticos discurren en la cantina acaloradamente, en *tête a tête* con tres vasos de ajeno. Un viejo de barba blanca, algo amarillenta cerca de la boca por la vecindad del cigarro, apura a pequeños sorbos su café, leyendo atentamente algun periódico. El salón está escasamente concurrido. La doble hilera de luces, escondidas en bombillas blancas, se extiende con la gravedad de todas las líneas rectas, hasta el fondo. El forro verde de las mesas alineadas toma un tinte oscuro, por la débil claridad de los reverberos, que están a media luz. En la gran mesa, juegan dos veteranos del billar una guerra de piña. Las bolas blancas corretean dispersas por la mesa, y poco a poco van cayendo en las buchacas. Los dos jugadores permanecen mudos: sólo se escucha el golpe seco de los tacos, y el choque, opacamente sonoro, del marfil. Estoy seguro de que va apostada en este juego una gruesa cantidad. El que ahora tira, con su chaqueta gris, su sombrero de alas anchas, su pantalón bom-

bacho, y el interminable bejuco de oro que se enreda formando arabescos, en los botones de su chaleco, tiene todo el tipo de un jugador de oficio. El otro tiene cara más bonachona: apostaría a que pierde.

En dos mesas se juega carambola. Un grupo de curiosos o desocupados observa a aquellos estudiantes, que vienen a estudiar la geometría en el tapete verde del billar. Lo demás del salón está desierto. Un ochentón, embozado hasta las cejas y cubierta la nariz por una gran bufanda de cuadros blancos y aplomados, ronca patriarcalmente junto al polvoroso mármol de una mesa. Por las puertas, a medio abrir, que comunican con el pórtico, se ven pasar sombras chinescas, cuyas líneas percíbense claramente cuando la luz del salón frontero a los billares las alumbraba. En el salón del hotel, un hombre grueso, sentado junto a la mesa redonda, lee un periódico. El sofá y los sillones de bejuco abren en vano sus brazos africanos. La lámpara de gas está a medio encender, y un pasajero aficionado, cuya figura no puede distinguirse desde aquí, toca al piano la invocación de Bestramo en *Roberto el Diablo*.

En los corredores del hotel reina la misma soledad, la misma sombra. Las persianas están todas corridas, y apenas si por los intersticios de alguna escapan los vergonzantes rayos de una luz. Los extranjeros que viven en aquellas habitaciones deben aburrirse soberanamente. Yo lo siento por la hermosísima cubana que, acompañada de una joven negra, habita aquellos cuartos. El gran club de la goma se ha conmovido profundamente con su llegada a México. Como Herschel, podemos vanagloriarnos justamente de haber descubierto una estrella de primera magnitud. Para los que ya nos vamos habituando a gastar el ala de nuestro sombrero saludando a un número preciso de señoras cuya belleza y cuyo guardarropa sabemos de memoria, la aparición de una hermosura nueva es un verdadero acontecimiento de importancia. Cansados de guardar siempre esa postura incómoda que se le parece a las admiraciones ortográficas, sentimos un placer inexplicable cuando podemos colocarnos ante una dama hermosa, a guisa de signo de interrogación. ¿Quién es? ¿de dónde viene? Estas preguntas, que todos nos hemos hecho mutuamente al pasar frente a los balcones desdeñosos de la hermosísima cubana, complican nuestra admiración con esa salsa llena de especias y salpimentada fuertemente, que se llama la curiosidad. Los que tenemos buena memoria, sin embargo, recordábamos haberla visto ya otra vez. ¿Cuándo? En el baile con que la colonia francesa celebró el 14 de Julio último el aniversario de la toma de la Bastilla. Vestía entonces de negro, bien me acuerdo. Yo tuve la audacia de preguntarla en una de mis crónicas si llevaba luto por alguno que murió de enamorado. Mi pregunta era necia e impertinente: si la hermosa desconocida se enlutara por la muerte de cada uno de sus enamorados, jamás podría vestir un traje claro. Bien es cierto que la naturaleza previsora ha obviado el inconveniente revistiendo sus pupilas luminosas de un eterno luto. Comprendo ahora por qué el arte mitológico ha pintado el amor ciego. ¿Cómo no ha de serlo si la Srita. Flora Cuevas —así se llama la hermosísima desconocida— le robó sus ojos?

Desde el ocioso que mira arder un clásico cigarro en la puerta de los billares, hasta los reyes de la goma que pasan diariamente frente a sus balcones, caballeros en potros jerezanos o sentados en los azules almohadones de landó, todos a una, sin discusión y sin escrúpulos, confiesan que la Srita. Flora Cuevas es divinamente her-

mosa. Sus párpados son dos pétalos de rosa —se entornan dulcemente como la celosías de una ventana a la hora de la cita—. Sus pies tienen al marchar por el embanquetado esa torpeza deliciosa de las mujeres que no saben andar a pie, porque han nacido para pisar la alfombra de salón o la madera acolchonada del carruaje. Móbida y gallarda, con cuerpo de reina y manos de duquesa parecería una estatua prófuga del pedestal, si las estatuas tuvieran por acaso esas pupilas hondamente negras, y ese vago color lácteo y rosado, hecho por Dios con jugo de claveles y con la crema blanca de la leche. Su cuello, que se oculta egoísta en el vestido, tiene esa blancura mate y tersa de las camelias princesas y de la flor de nieve que crece en la Noruega. Hay cuellos que obligan a cerrar los ojos, y éste es uno de ellos.

M. Can-Can

(*El Cronista de México*, 25 de diciembre de 1880, pp. 748-749)